

CONSAGRACIÓN EPISCOPAL

La consagración de un Obispo es un acto sublime y tierno á la vez, porque se trata de la formación de un vínculo tan estrecho y al mismo tiempo tan grato, como el que liga íntimamente el pastor con la grey, al esposo con la esposa, al padre con los hijos. Todo en la Religión es grande, y el hombre necesita en cierto modo elevarse sobre sí mismo para ejercer esas funciones augustas.

Un Obispo es un hombre, y en clase de tal, rinde á la naturaleza el triste vasallaje de todo lo que es frágil y perecedero; pero desde el momento en que recibe con la consagración la plenitud del sacerdocio, posee una gracia y un poder que, por venir inmediatamente de Jesucristo y encaminarse á la santificación y felicidad del mundo, es de lo más alto que se puede concebir. Cada una de las ceremonias que siguen encierra un sentido profundo y habla igualmente al entendimiento y al corazón.

Está mandado que deben concurrir tres Obispos á la consagración, ó por lo menos uno, que es el consagrante, con dos presbíteros constituidos en dignidad eclesiástica para asistirle. Hallándose, pues, el presbítero electo para Obispo en presencia del consagrante, uno de los asistentes, el más antiguo de ellos, le dirige la palabra en estos términos: «Reverendísimo Padre: Nuestra Santa Madre la Iglesia católica pide que elevéis á este presbítero que está presente á la dignidad del episcopado.» Entonces el consagrante pregunta: «¿Tenéis mandato apostólico?» y respondiendo el asistente: «Le tenemos,» manda que se lea. En el acto el notario recibe el documento, y permaneciendo sentados todos, lee las bulas ó breve que instituyen Obispo al presbítero de que se trata.

Esta solemne petición, que el asistente más antiguo hace á nombre de la Iglesia al Obispo consagrante, significa la vocación externa que debe preceder á la colación de las órdenes. Todo el que recibe un orden, ha de ser llamado y propuesto por la Iglesia; porque sólo ella juzga y decide acerca de lo conducente á la colación de las sagradas órdenes. A la voz de la Iglesia nadie debe resistir; pero es necesario saber si es

cierto que la Iglesia llama, si ha pronunciado su *fiat* para la ordenación; y por este motivo el consagrante pregunta si hay mandato apostólico, es decir, si el Sumo Pontífice ha instituido canónicamente á dicho presbítero para Obispo. Esta institución debe ser á todos notoria, y por tal motivo se lee en alta voz.

Mas no debe imaginarse por esto, que sin otro requisito ni prevención alguna proceda el consagrante á imponer las manos y conferir el orden episcopal al presbítero canónicamente instituido para obispo. Tiene éste que recibir un depósito muy sagrado, el de la Santa Iglesia de Dios, para regirla y gobernarla, según la expresión de San Pablo, y es necesario, por lo mismo, no perdonar medio alguno para dejar bien acrisoladas la

fidelidad y la fe del nuevo Pastor. Jesucristo nuestro Señor probó tres veces la fidelidad y la fe de Pedro en el crisol del amor; en el mismo crisol probará la Iglesia las de cada presbítero que haya de ascender al episcopado. Este orden sagrado impone deberes que nacen desde el instante mismo en que se recibe; mas la Iglesia quiere ligar y liga á cada Obispo, no sólo con el vínculo de la ley, sino también con el espontáneo de la Religión, y por esta causa exige del presbítero que ha de consagrarse, un solemne, inviolable y sagrado juramento de fidelidad; y ésta es la primera prueba, el juramento que presta. En seguida le interpela de la manera más explícita, sobre su solicitud en acomodar su mente y su conducta, en todo y por todo, al sentido de la Escritura Divina, y ésta es la segunda

prueba. Por último le examina sobre los dogmas de la fe, le encuentra íntegro en ellos, y entonces pronuncia estas palabras de santa aprobación y ardientes votos en favor del futuro Obispo: «El Señor te aumente esta fe, carísimo hermano en Cristo, para la verdadera y eterna bienaventuranza.»

Hecho esto, comienza la Misa, y concluida la confesión, que reza el consagrante con los asistentes y el que va á ser consagrado, se retira éste á una capilla acompañado por los asistentes, y allí se reviste, tomando además del amito, alba, cíngulo y estola, la cruz pectoral, la tunicela, insignia del subdiaconado, la dalmática, del diaconado, y la casulla, que es la vestidura distintiva del presbítero. Con lo cual se manifiesta, que el que ha de ascender al orden episcopal debe haber ya



Ilmo. Sr. ESTANISLAO VERJUS
obispo de Lymira, coadjutor del Ilmo. Navarre

(Pág. 144)

recibido todos los otros órdenes, desde la primera clerical tonsura hasta el sacro presbiterado. Revestido ya, reza el Oficio de la Misa desde el *Introito* hasta antes de llegar al último verso del *Tracto*.

Inmediatamente se sienta el consagrante con mitra puesta, y los asistentes le presentan al consagrando, quien, inclinado profundamente, le hace una reverencia humilde. Toman todos asiento, y entonces el consagrante dice al presbítero que va á ser consagrado: «Al Obispo corresponde juzgar, interpretar, consagrar, ordenar, ofrecer, bautizar y confirmar,» amonestándole de esta suerte sobre aquellos oficios que puede y debe desempeñar un Obispo, á fin de que, considerando de antemano su altísima dignidad, y reflexionando con la debida ponderación los grandes deberes del Episcopado, se recoja todo en el Señor al recibir este orden, y con grande solicitud y la más viva instancia pida humildemente al Supremo Dispensador de todo don perfecto, las abundantísimas gracias de que ha menester para desempeñar como es debido tan alto ministerio.

El consagrante entonces, considerando que deben reunirse todos en oración común para alcanzar tantos bienes, se pone luego en pie, y dirigiéndose á los circunstantes, les habla de esta manera: «Hermanos carísimos, oremos todos para que la benignidad del Dios omnipotente dispense á este electo la liberalidad de sus gracias, proveyendo así á la utilidad de la Iglesia.» Todos doblan las rodillas, y el que ha de ser consagrado se postra. Entonces comienzan y siguen las *Letanias de los Santos*, esta sublime invitación que la Iglesia militante hace á la Iglesia triunfante, para que unidos el cielo con la tierra delante del Dios vivo, alcancen de su infinita liberalidad todas las gracias de que el hombre necesita, para caminar sin tropiezo por los estrechos y difíciles caminos de la virtud y de la ley. Estas preces concluyen con una triple petición, que el consagrante en pie hace á Dios, pidiendo para el presbítero consagrando su *bendición* en la primera; su *bendición* y *santificación* en la segunda; su *bendición*, *santificación* y *consagración* en la tercera, haciendo sobre él la señal de la cruz tantas veces cuantas son las peticiones.

Toma en sus manos el consagrante el libro de los Evangelios, es decir, el gran depósito de la doctrina, el repertorio de las verdades divinas, el sagrado código en que se halla escrita con caracteres indelebles la ley de gracia, y en que se registran los títulos primordiales del sacerdocio católico. Inmediatamente coloca el consagrante, ayudado de los asistentes, este libro abierto en los hombros del electo, quien le recibe puesto de rodillas. En seguida el consagrante y los asistentes ponen cada uno sus dos manos en la cabeza del consagrando, pronunciando estas palabras: *Recibe el Espíritu Santo*, y concluyen dirigiendo á Dios esta fervorosa súplica: «Sé propicio, Señor, á nuestros ruegos, é inclinando sobre este siervo tuyo el depósito de tu gracia sacerdotal, derrama sobre él la virtud de tu bendición: por Jesucristo Nuestro Señor, Hijo tuyo, que contigo vive y reina, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.» Terminada esta oración, la renueva en unión del pueblo fiel, cantando nuevas preces en tono de Prefacio. En estas preces habla del sacerdocio antiguo, figurativo y profético, cuya magni-

fica y sublime realidad estaba reservada para los tiempos de plenitud, en que Jesucristo había de instituir el ministerio católico, representado en todas las antiguas figuras; pondera las excelencias incontestables del sacerdocio cristiano sobre el sacerdocio antiguo, y concluye pidiendo para el nuevo Obispo, que va á recibir la plenitud del sacerdocio, tal copia de gracias, tal excelencia de virtudes, que su vida y sus ejemplos hagan de su espíritu una esplendente manifestación de lo que parecía encubrir, como entre unos velos, el antiguo sacerdocio con el resplandor del oro, el brillo de las piedras preciosas y el exquisito esmero con que el arte realzaba las vestiduras de los sacerdotes de la ley antigua: quiere, por fin, que Dios ponga en el nuevo Obispo la suma de su ministerio, que enriquezca su alma con los ornamentos de su gloria, que santifique su corazón con el benéfico rocío de su óleo celestial.

Después de haber orado de esta suerte, vuelve á su asiento el consagrante; se arrodilla delante de él el electo, presentándole la cabeza para ser ungida, sobre la cual inmediatamente vierte aquél el crisma sagrado, pronunciando estas palabras: «Sea ungida y consagrada tu cabeza en el orden pontifical, con la celestial bendición, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y limpia en seguida la cabeza del consagrado. Entre tanto se canta el *Veni, Creator*, y concluido este himno, el consagrante, en pie, con la cabeza descubierta prosigue su oración, declarando en ella el misterioso significado de esta ceremonia, la intención de la Iglesia al practicarla, y los votos que forma con tan santo motivo: que el Espíritu Divino penetre en su interior y circunde su exterior de su virtud sagrada; que el nuevo Pontífice lleve de continuo en sí la constancia de la fe, la pureza del amor, la sinceridad de la paz; que sean hermosos sus pies, cuando se muevan por el mundo para evangelizar á los pueblos; que su palabra y su predicación tomen toda su eficacia, no del arte de la humana sabiduría, sino de la fuerza del espíritu y la virtud; que Dios confirme todos los actos de su ministerio y autoridad, y que con dispensación de las altas virtudes que debe practicar un Obispo, le coloque en la cátedra episcopal, revestido de la autoridad, el poder y el apoyo competente para gobernar su Iglesia y apacentar la grey que se le ha encomendado: he aquí sus deseos; he aquí su oración.

Luego unge las manos del electo, dándoles con esta unción una nueva virtud y gracia para bendecir y consagrar, á fin de que su ministerio ceda todo en el bien espiritual de los fieles, y sea constantemente dirigido á la mayor gloria del Señor.

A continuación el consagrante entrega al consagrado el báculo pastoral, encargándole que sea piadosamente enérgico en corregir los vicios; que juzgue sin ira, y derrame la dulzura de la persuasión en pro de las virtudes en el corazón de sus oyentes.

Después de haberle dado el báculo, coloca en su dedo el anillo, signo de la fidelidad inviolable que debe guardar á la Iglesia. Esta ceremonia es altamente significativa; representa el estrechísimo vínculo del Obispo con su Iglesia: es un desposorio espiritual y místico, encaminado todo á multiplicar los adoradores en espíritu y en verdad, á educar, formar y santificar á cuantos

llevan, con el santo Bautismo que recibieron, el augusto nombre de cristianos y el sublime título de hijos de la Iglesia católica.

Durante estas ceremonias el Obispo consagrado permanece con el libro de los Santos Evangelios en las espaldas; y al terminar, el consagrante toma en sus manos este libro, lo cierra y lo presenta al consagrado, quien sin abrir las suyas, porque las tiene atadas, lo toca simplemente con ellas, escuchando estas palabras que le dirige el Obispo consagrante: «Recibe el Evangelio, y ve á predicar al pueblo que te ha sido encomendado; porque es poderoso para hacer crecer en ti su gracia, Dios que vive y reina por los siglos de los siglos.» Luego después el consagrante da el ósculo de paz al consagrado, y lo mismo hacen los Obispos ó presbíteros asistentes, diciéndole todos: «La paz sea contigo;» y respondiendo el consagrado á cada uno en particular: «Y con tu espíritu.»

El consagrado, en medio de los dos asistentes, vuelve á la capilla, donde se lava las manos, disponiéndose de esta suerte para continuar en unión del Obispo consagrante la Misa, que sigue hasta el Ofertorio. Concluido éste, el consagrante se sienta con mitra en el faldistorio frente del altar; el consagrado vuelve de la capilla entre los asistentes, se hinca ante el consagrante y le hace la oblación, que consiste en dos velas, dos tortas de pan y dos barrilitos de vino.

Recibida la oblación, se dirigen los Obispos al altar, y continúan la Misa.

Concluida ésta, el consagrante bendice la mitra y la cine al consagrado, mientras pide al Señor le conceda todas aquellas gracias que hacen inexpugnable al verdadero apóstol: en seguida le pone las quirotecas, conocidas con el nombre de *guantes*, dirigiendo á Dios una súplica, para que la limpieza del hombre nuevo circunde las manos del Pontífice, haciéndolas capaces de atraer las bendiciones del cielo, como Jacob atrajo con las suyas, cubiertas de pieles, las bendiciones de Isaac su padre, presentándole con ellas la sabrosa carne y regalada bebida que el Santo Patriarca había dispuesto le presentasen. Cubiertas las manos del nuevo Obispo y poniéndole en el dedo el anillo episcopal, el consagrante le toma de la mano derecha, y el más antiguo de los asistentes, de la izquierda; le conducen hasta el trono episcopal; le hacen sentar en él, y dejando en su mano izquierda el báculo pastoral, se retira el consagrante al altar, y en el acto entona el *Te Deum*, que prosigue el coro.

Desde que comienza el himno, el nuevo Obispo, acompañado de los asistentes, da vuelta por la iglesia, bendiciendo al pueblo. Cuando regresa, el Obispo consagrante reza la última oración, pidiendo al Supremo Pastor de todos los fieles mire propicio al nuevo Pastor, haciendo que con sus palabras y ejemplos edifique á los que preside, á fin de conseguir incorporarse con toda su grey en las moradas eternas. Hecha esta oración, el nuevo Obispo se levanta, y acercándose al altar, da la bendición solemnemente al pueblo, y concluye dirigiendo al Obispo consagrante un cristiano cumplido, que repite por tres veces puesto de rodillas hasta llegar á los pies del consagrante, quien le recibe dándole el ósculo de paz, lo que hacen también los asistentes, y hecho

esto, se reza el Evangelio de San Juan, con lo que se concluye la consagración del Obispo.

Mucho y gravísimo que considerar ofrece al alma cada una de las cosas que pasan en este solemne acto; pero sobre todo, el carácter sagrado que la Santa Iglesia imprime á los Obispos, la gracia que este carácter les comunica y el poder sublime de que los reviste en su consagración, dándoles toda la plenitud del sacerdocio. Por medio de ella, cada Obispo forma un eslabón de esa cadena dilatada, que hace del Episcopado, en todos los países y en todos los siglos, una sola institución, un solo cuerpo plenamente apostólico. Aquellos once Apóstoles que fueron llamados por Jesucristo á la montaña de Galilea, para recibir de sus mismos labios la misión altísima de salvar al mundo con la predicación del Evangelio, la enseñanza de la doctrina y el gobierno moral, transmitieron esta misión misma, con la imposición de las manos, á los Obispos consagrados por ellos; éstos á los inmediatos; y así sucesivamente hasta nuestros días. Cada uno de los Obispos, al cabo de dieciocho siglos, tiene igual carácter, misión y poder que los Apóstoles.

CORRESPONDENCIA

HERZEGOVINA (Península de los Balkanes)

La Misión franciscana y la diócesis de Mostar.—Construcción de un Seminario

El Rdo. P. Victor, procurador de las Misiones franciscanas, nos envía la siguiente carta del P. Rafael Rados, venerable misionero de Herzegovina. Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la Misión de Mostar, muy digna de interés, y que no habíamos recomendado aún á su caridad.

HERZEGOVINA formó en la Edad Media, con Bosnia que le es limítrofe, un reino de gloriosa historia. Cuando el conquistador de Constantinopla, Mahomet II, se apoderó de Herzegovina en 1463, el nuevo Atila destruyó todos los edificios religiosos, convirtió las iglesias en mezquitas, y desde entonces aquella región, reducida á lastimoso estado, formó parte del vicariato apostólico de Bosnia. En 1844 los Padres Franciscanos de Herzegovina, á causa de la dificultad de las comunicaciones con Bosnia, donde se encontraba la residencia del Vicario apostólico, recibieron de la Sagrada Congregación de Propaganda autorización para separarse de los Padres de Bosnia, y formaron una provincia á parte. Al mismo tiempo creóse un vicariato apostólico, que en 1881 fué erigido en obispado, con un titular que tenía su residencia en Mostar, capital de Herzegovina. Este Obispo era sufragáneo del Arzobispo de Serajevo.

En 1852 esta diócesis contaba 37,000 católicos, distribuidos en 15 parroquias. Dios bendijo el celo de los Franciscanos, y el número de católicos asciende hoy á 78,200, y el de parroquias á 31. Hay 62 sacerdotes, todos indígenas, 20 seminaristas, 19 aspirantes al estado eclesiástico, y 2 conventos.

Además, por decreto del año 1890, la Congregación de Propaganda agregó á esta diócesis otras parroquias

administradas por sacerdotes seculares, que antiguamente, bajo el Gobierno de la Sublime Puerta, dependían del Obispo de Ragusa.

Según la última estadística, estas parroquias tienen todas juntas 14,000 católicos.

La sencilla exposición de estos hechos demuestra que los Padres Franciscanos de Herzegovina, después de su separación de sus compañeros de Bosnia, no han permanecido ociosos, toda vez que desde entonces ha doblado la población católica, lo mismo que los edificios parroquiales y los oratorios, y que hay once iglesias, más ó menos espaciosas, correspondientes al número de feligreses.

Además de las treinta y una parroquias ya existentes, conviene erigir otras nuevas. Los fieles viven á veces á ocho leguas de distancia, y encuéntranse, por lo mismo, en la imposibilidad de asistir á la enseñanza del Catecismo, á los sermones, á Misa, etc. Por urgente, empero, que sea esta necesidad, por ahora no hay medio de salir adelante no contándose con personal suficiente. En la actualidad, los celosos Padres empleados en el servicio religioso, nada omiten para instruir y formar el clero necesario. En cuarenta y cuatro años, merced á las limosnas recogidas en Francia, Bélgica y Austria, han construído la mayor parte de las iglesias y dos conventos, en uno de los cuales se han abierto escuelas elementales para los aspirantes al sacerdocio, y en el otro, el noviciado.

Hasta estos últimos tiempos los jóvenes Religiosos, una vez concluído el año de prueba, iban á Italia, donde recibían gratuitamente lecciones de filosofía y teología, encargándose la Congregación de Propaganda de los gastos de viaje. Esto era una gran ventaja para la Misión: desgraciadamente la supresión de los conventos de nuestra Orden en Italia nos privó de un medio que nos permitía educar jóvenes que pudiesen suceder á los misioneros actuales.

Para que el pueblo cristiano no quedase sin pastores, los Padres Franciscanos, cediendo á las instancias del ilustrísimo Obispo de Mostar, el 19 de Marzo de 1890 pusieron la primera piedra de un Seminario en la ciudad episcopal.

Su Majestad el Emperador de Austria nos ofreció mil florines, y su Gobierno otros mil. Además, piadosas Sociedades y algunos bienhechores han venido en nuestra ayuda, de suerte que se ha hecho ya la tercera parte de la obra; pero agotados al presente los recursos, nos es imposible continuar la construcción del edificio.

La población en su totalidad es eslava. Pastores y labradores muy pobres, sin industria ni comercio, no pueden ayudar poco ni mucho para la obra comenzada. Hasta hace pocos años que se firmó el tratado de Berlín la provincia estaba bajo la dominación de Turquía; por lo tanto, ocioso es añadir que no cuenta con bienes eclesiásticos.

Toda nuestra esperanza se funda en la caridad de las almas piadosas. Así séame permitido pedir humildemente á sus lectores un óbolo para la construcción del Seminario de Mostar en Herzegovina.

JERUSALÉN

Impresiones de viaje.—Triste situación de los Santos Lugares

De una carta fechada en Jerusalén el 26 de Enero próximo pasado tomamos lo siguiente, que avivará sin duda el amor que á Tierra Santa han profesado siempre los españoles:

EL 16 de Septiembre me hallaba en Barcelona dispuesto á emprender mi viaje, cuando llegaron algunos Religiosos de San Francisco, que venían destinados por sus superiores á la Misión de Tierra Santa. Tres de ellos pertenecían á la Provincia Franciscana de Valencia, los demás eran hijos de los Colegios de Santiago y Chipiona. Fijos los ojos en la Providencia Divina, descalzos, con un pobre hábito y el Breviario, que es su compañero inseparable, venían aquí para vivir separados de cuanto más amaba, sin poder en lo sucesivo disfrutar otra tranquilidad que la que da el testimonio de una buena conciencia, ni otra alegría que aquella complacencia interior con que Jesucristo recompensa los sacrificios que por su amor se hacen.

El día 22 por la tarde llegamos á Port-Saïd, y nos hospedamos en el convento que allí poseen los Padres Franciscanos, en donde nos recibieron y agasajaron con gran caridad. Salimos para Jaffa el 24 por la tarde, y llegamos el 25 por la mañana. Salieron á recibirnos los Padres españoles residentes en aquella ciudad, y nos llevaron al convento con todas las demostraciones de amabilidad y afecto. Es admirable la fertilidad de los hermosos huertos que se hallan en los alrededores de la ciudad. Abundan los limoneros y naranjos, cuyo fruto es de grande estima. No puede darse un punto de perspectiva más agradable que la situación de Jaffa. Está sobre una colina, que por un lado domina el mar, y por otro una vasta y fértil campiña, cuya hermosura encanta. Los tulipanes de colores vivos y bellos, nacen allí naturalmente, aunque no tan grandes como los de cultivo. Los campos están bien cuidados. Durante el verano se cogen allí muchas sandías extraordinariamente grandes, que son transportadas por mar á Trípoli y Laodicea. Todas estas vastas y deliciosas llanuras, que se extienden desde Cesárea de Palestina hasta Jaffa y Rama, se llamaban antiguamente Sarón. Su nombre se deriva de una importante ciudad edificada sobre una pequeña montaña céntrica, y que parece dominaba la llanura, y en el día ha quedado reducida á un mezquino pueblo que conserva el mismo nombre de *Sarón*.

El 26 por la tarde emprendimos la marcha para la Ciudad Santa de Jerusalén, á donde llegamos por fin el 27 por la mañana. ¡Qué fuertes latidos nos daba el corazón al divisar por vez primera la ciudad que hizo derramar lágrimas de compasión al Hijo de Dios, por la desventurada suerte que había de tener en castigo de su rebeldía!

Los Religiosos se dirigieron inmediatamente al convento de San Salvador para ponerse á las órdenes de su nuevo prelado el Rmo. P. Fr. Jaime de Castromadama, custodio de Tierra Santa, que los recibió con suma amabilidad y dulzura. Dióles algunos días para descansar, y su bendición y permiso para que pudiesen ver la ciudad. Visitamos todos los Santuarios y lugares de Je-

rusalén y sus cercanías, memorables en el Antiguo y Nuevo Testamento; hicimos después una excursión de ocho días visitando á Belén, San Juan de la Montaña y Emaús, desde donde regresamos á Jerusalén, aguardando los Religiosos á que la obediencia les diera destino. Permanecieron en el convento de San Salvador hasta el 15 de Octubre. Este convento es grandioso, y hay en él continuo movimiento. Se compone la Comunidad de más de cien Religiosos, cincuenta de los cuales son legos profesos y terciarios que están al frente de la multitud de oficinas que hay en el mismo. Además de las ordinarias de comunidad como la portería, hospedería, enfermería, cocina y refectorio que llevan un continuo mareo por su mucho personal, hay un taller de ornamentos sagrados para toda la Custodia, una sastrería

la siguiente manera: á las cuatro y media sale la primera Misa rezada al Santo Sepulcro; á continuación dice la segunda, y después van celebrando los otros Padres en los demás altares hasta las seis y media, que comienza el coro por rezar las Horas menores del Oficio Parvo de la Virgen, Prima y Tercia del Oficio del día, y después se celebra la Misa conventual en el Santo Sepulcro, que siempre es cantada, y con ministros los días clásicos y festivos. A las nueve y media tienen la oración, rezan á las diez Sexta y Nona, después de la cual van al refectorio. Al salir tienen un poquito de recreación y se retiran hasta las doce y tres cuartos, que llaman á Vísperas de la Virgen y del día, pudiendo emplear después el tiempo hasta las cuatro en el estudio, ó cualquiera otra ocupación. A esta hora Completas, y



TÚNEZ.—Mezquita mayor de Keruán. (Pág. 135)

para el vestuario de los Religiosos y del colegio de niños que los Padres tienen dentro del convento, zapatería para toda la Custodia, carpintería, herrería, imprenta, molino, horno de pan cocer, almacenes y una brigada de albañiles. Todo lo dirigen los frailes, aunque trabajan entre ellos más de sesenta seglares. Es, además, la ordinaria residencia del Prelado, de modo que aquello solo parece un pueblo.

Esta iglesia es sin duda el templo más augusto y santo de la tierra. El cristiano que se acerca á ella por la primera vez sin conmovirse, debe de ser insensible. Los Religiosos de este convento están consagrados únicamente á sostener el culto con la mayor esplendidez y solemnidad posibles. El tiempo lo tienen distribuido de

en seguida se hace todos los días la procesión que recorre doce lugares diferentes dentro de la Basilica, que son: la columna á la cual fué azotado el Señor; la gruta que sirvió de cárcel antes de crucificarle; el lugar donde se repartieron sus vestidos; aquel donde fué hallada la Cruz por Santa Elena; el altar ó iglesia de esta Santa; el altar de la coronación de espinas cuando iban á crucificarle; el lugar donde fué clavado en la Cruz; el lugar en donde fué levantado y clavado en el suelo; la piedra de la unción; el Santísimo Sepulcro; el lugar donde se apareció á Santa María Magdalena, y en el que se cree apareció á la Santísima Virgen, que es la capilla donde tienen el coro y en donde, para concluir, se reza ó canta la Letanía con algunas preces y oracio-

nes. Se van cantando himnos alusivos á los lugares que se visitan, y se dice en cada uno la antifona y oración propia con un *Padre nuestro* y *Ave Maria*. Esto sirve de oración vespertina, y viene á concluirse á las cinco y media. Van después á la cena ó colación, y á las seis todo ha terminado. A las ocho ó poco más, se entregan al descanso, y á las once y media en punto los llaman ya para rezar los Maitines de la Virgen y del día, que duran hasta la una y cuarto. Se retiran otra vez á descansar los que quieren, hasta las cuatro y media de la mañana, en que vuelven á empezar la misma tarea. El rezo es pausado y devoto. Los domingos no hay Oficio parvo, y en los días clásicos, que tampoco lo hay, se canta siempre parte ó todo el Oficio del día. Los ornamentos, tanto para el Oficio como para la Misa, son muchos y riquísimos, casi todos ellos regalos de Reyes y Príncipes ó de personas muy poderosas. En esta santa tarea consumen su vida estos buenos Religiosos, entre quienes, á pesar de ser de tan diversos países, reina una paz y armonía envidiables. La Comunidad se compone de siete sacerdotes y cinco legos, y son tan amantes del Santo Sepulcro, que voluntariamente prolongan su permanencia en aquel santo lugar, y están contentísimos. Alguno de ellos hace ya dieciocho años que mora en el mismo sitio. Uno de los sacerdotes es bávaro, otro polaco, otro austriaco, otro italiano, dos mejicanos y un español; dos legos españoles, dos napolitanos, y un negro que es sacristán y vale más plata que pesa.

El lugar ó sea la morada de los Religiosos, hasta hace unos veinte años, era de pésimas condiciones á causa de la humedad, y más aún por la falta de ventilación y casi completa carencia de luz natural. En muchas celdas apenas había la suficiente para leer y escribir, y en las demás era indispensable la luz artificial día y noche. Hoy, gracias al Emperador de Austria, que vino á visitar los Santos Lugares, después de haber hecho algunos costosos regalos al Sultán, pudo conseguir se quitara una cuadra de camellos que caía precisamente sobre la capilla de los Religiosos; y ahora, quitados los muros, llega más luz á las celdas bajas; y las altas, que eran las oscuras, tienen buenas ventanas que les dan abundante luz y permiten la conveniente ventilación. Además, el local de la cuadra que se cedió, es ahora una azotea que mide unos treinticinco pasos de largo por doce de ancho.

Con esto doy por terminada mi relación sobre el Santo Sepulcro, y vamos á otras cosas.

¡Qué impresión tan triste causa ver este lugar de tan grandes recuerdos para el cristiano, dominado por enemigos jurados de nuestra Religión! ¡Qué amargura se experimenta al considerar, que en el país que el Hijo de Dios eligió para venir al mundo en carne mortal; que honró con su divina presencia, asombró con sus milagros, donde predicó la doctrina celestial, enseñó prácticamente la más profunda humildad, y manifestó su omnipotencia; que la comarca en que quiso sufrir persecuciones, contradicciones, oprobios, y regar con su preciosísima Sangre, muriendo en el infame patíbulo de la Cruz por nuestro amor; que en la tierra que conserva muchos de los antiguos monumentos y otros que la piedad cristiana ha levantado, sólo se vean protestantes, mu-

sulmanes, judíos y griegos cismáticos! Y sin embargo, por más sensible que sea, es la triste realidad. Estos desventurados, aferrados tenazmente á sus errores, ó indiferentes por la costumbre de ver tanta multitud de sectas cristianas que aquí han existido siempre, se han hecho, como me decía hace poco un buen Padre, poco menos que *inconvertibles*. Sólo uno ó dos Religiosos que poseen bien las lenguas del país, que son los curas en cada Comunidad, instruyen á los pocos católicos que hay, y les administran los Santos Sacramentos, catequizando á alguno que desea hacerse católico, lo cual es muy raro.

Nótase también aquí, desde hace algún tiempo, que la poderosa Rusia tiende á apoderarse de todo esto. Por do quier está levantando torres y templos que parecen fuertes, sin que el Sultán se lo pueda impedir. El príncipe hermano del actual Emperador de Rusia, es el presidente de la propaganda religiosa cismática-rusa, y vino hace pocos años á visitar los Santos Lugares. Manifestóse muy piadoso y agradecido á los Franciscanos, por las muchas atenciones y respetos que éstos le prodigaron, pero se sabe, no obstante, que dijo en una reunión muy célebre, esperaba ver á todos los latinos dentro de poco en Jaffa, esto es, camino de Europa. Verdad es que Dios está sobre los designios de los hombres, y puede en un momento desbaratar los planes mejor combinados; mas no sabemos lo que permitirá en castigo de los grandes pecados de los pueblos. De todos modos, á la menor agitación que haya en Europa, el Oriente debe ser grandemente amenazado; pues todas las naciones (excepto España) están interesadísimas en extender por aquí su influencia. Y como el agnizante Imperio turco necesita del favor de todas, y especialmente de Rusia, á quien debe millones, que no le podrá pagar sino es con un desmembramiento, de ahí el que se vea obligada á consentir que hagan lo que quieren. Fuera de los muros y al Occidente de la ciudad, hay muchísimos edificios bellos, de estilo europeo, unos concluidos, otros en construcción, formando buenas calles. Hace unos diez años, fuera de los muros sólo se veían algunas miserables casuchas; mas á este paso todos esperan ver, pasados otros diez años, una moderna Jerusalén al lado de la antigua. Esta, asquerosa y poblada de árabes y turcos; aquélla, hermosa y limpia, poblada de europeos, en su mayor parte protestantes, ingleses y alemanes, y cismáticos rusos. Tal es el furor que de estos pueblos se ha apoderado por dominar en este país. De manera que, cuando en Europa truene, es casi seguro que la tempestad vendrá á descargar sobre el Oriente. Y entre tanto, las naciones latinas que podían en aquel caso ser un contrapeso, pérdida casi la fe, caminan á grandes pasos á la apostasía universal. ¿Quién podrá contener el pesado brazo de Dios? ¿Permitirá que desaparezca de esta bendita tierra el pobre sayal franciscano?

Mas de seis siglos hace que los hijos de San Francisco de Asís están solos para velar sobre el Santísimo Sepulcro y demás venerables santuarios de Palestina; mas de seis siglos hace que los Franciscanos luchan solos contra las invasiones de los mahometanos, herejes y cismáticos. Los Gobiernos católicos de Europa han abandonado muchas veces en la lucha á los Padres de

Tierra Santa, y si no hubiera sido por la paciencia de éstos, su energía y perseverancia á toda prueba en defender los Santos Lugares, ya todos estarían perdidos para los católicos, y tal vez no existiría un solo templo, un solo cristiano fiel en Palestina.

MALABAR (Indostán)

El primer Obispo de Quilón.—Reorganización de las obras católicas.—Satisfactorio estado de la Misión

De una extensa é interesante Memoria de un reverendo Padre Carmelita extractamos lo siguiente:

MUCHOS son los hijos de la gran Teresa que se han distinguido, y que actualmente se distinguen, por su celo en la conversión de los infieles y educación de los que, por la misericordia de Dios, ya han abrazado la Religión del Crucificado; pero quien sobresale entre todos ellos en las presentes circunstancias, ya por su elevada posición, ya por el éxito que ha tenido en sus apostólicas empresas, es el Ilmo. Fernando Ossi, primer obispo de Quilón. El Ilmo. Fernando es italiano, y nació el día 31 de Agosto de 1843 en la diócesis de Belluno. Después de haber aprendido los elementos de latinidad, entró en la Orden Carmelitana en 1858; hizo profesión simple á su debido tiempo, y profesó solemnemente, con satisfacción de todos, en 1862. Concluidos los estudios se ordenó de sacerdote, y por orden de los Superiores se dirigió al Monte Carmelo, donde fué vicario por algunos años. Durante su vicariato se distinguió por su habilidad en el manejo de los negocios, por su prudencia en el gobierno y por su tacto en circunstancias difíciles; y la Sagrada Congregación, que tuvo noticia de sus relevantes cualidades, le nombró prefecto de nuestra Misión de Siria. Se comprenderá fácilmente cuán á satisfacción de la Propaganda desempeñó su cargo de prefecto, si se tiene en cuenta que tres años después, en premio de su acertada administración, fué elevado á la dignidad episcopal.

De 1880 á 82 se trataba de dar un sucesor al ilustrísimo Ildefonso, á la sazón vicario apostólico de Quilón, el cual, á causa de sus achaques, no se sentía con fuerzas para el gobierno de una Misión tan extensa y difícil. Los Superiores de la Orden se fijaron en el Padre Fr. Fernando; y la Sagrada Congregación de Propaganda Fide aprobó la propuesta de nuestro Padre General; en consecuencia el Sumo Pontífice le nombró Administrador apostólico de Quilón, y recibió la consagración episcopal en la iglesia de nuestros Padres de Venecia el día 23 de Septiembre de 1883.

El nuevo Obispo se embarcó en Trieste con seis nuevos misioneros, todos españoles, el día 1.º de Octubre del mismo año, y llegó á su destino con toda felicidad después de un mes de navegación.

Había entonces en Quilón aproximadamente 76,000 almas, es decir, cristianos esparcidos por la costa, desde el río Poracando, cerca de Alleppey, hasta el Cabo Comorin, distantes unas cuarenta leguas. Los Carmelitas no hallaron instituciones cuando se establecieron

allí, el año 1846; no hallaron más que grupos de cristianos en la más completa desorganización, y fundaron instituciones, y trataron de organizar las cristiandades; pero las instituciones que se fundaron y las cristiandades que se organizaban estaban muy lejos de ser perfectas por la ley general á que están sujetas las cosas humanas, que proceden siempre de lo imperfecto á lo perfecto, y era necesario dar á todo un impulso extraordinario, y esto estaba reservado al nuevo administrador.

Abrumadora era la tarea que se imponía; era necesario organizar la administración parroquial; era preciso fundar escuelas para responder á las necesidades evidentes de los pueblos, y mejorar las que, gracias á los esfuerzos de insignes hijos de Santa Teresa, ya existían; convenía regularizar y aumentar los orfanotrofios y catecumenados, y era indispensable confirmar en la fe á los vacilantes, extinguir el cisma y el espíritu cismático que en estos doscientos años, gracias al derecho de patronato del rey de Portugal, con más ó menos libertad campea en la costa de Malabar; y, por último, era obligatorio abrir nuevas Misiones para la conversión de los infieles, y llamar á todos á la única arca de salvación; de otro modo, las esperanzas que los pueblos habían concebido quedarían frustradas, y no se realizarían los fines que la Santa Sede se había propuesto.

El Ilmo. Fernando comprendió muy bien su posición: abarcó de una sola ojeada la magnitud de la empresa que debía llevar á cabo para ser fiel á su Misión, y confiando en Aquel en quien todo lo podemos, puso manos á la obra con aquel gozo y alegría que son propios de los que en todo buscan la mayor honra y gloria de Dios. Queriendo conocer por sí mismo á sus cristianos y enterarse de sus necesidades, salió casi inmediatamente con su secretario á visitar el extenso vicariato confiado á su cuidado pastoral, y lo visitó de un extremo al otro con el interés de un tierno padre que no desea más que el bien de sus hijos, y vió lo que son y lo que pueden ser las cristiandades, que se hallan rodeadas por do quiera de paganos, mahometanos, herejes y cismáticos. En algunas el enemigo había sembrado la cizaña, en otras reinaban la superstición y la ignorancia más degradante, y era necesario dar nuevo impulso á la enseñanza, y en todas había algo que arrancar y muchísimo que plantar. Su corazón de padre se impresionaba profundamente al considerar el estado lamentable de su amada grey; pero no se contentaba con estériles lamentos, sino que trabajaba con ahinco á fin de disminuir tantos males.

Durante la santa visita hizo lo que las circunstancias le permitían para aligerar los males que aquejaban á su grey; y concluida la visita, comenzó en toda regla la tarea de reforma y organización con aquella calma y tino que son propios de los hombres de Dios. Conociendo perfectamente que el alma de la Misión es el clero, su primera diligencia fué reorganizar el Seminario eclesiástico. Después de esta atención, se dedicó á la reforma de todas las cristiandades. Erigió nuevos orfanotrofios y catecumenados, y transformó los que ya existían; abrió nuevas Misiones para la conversión de los infieles, y sostuvo y sostiene estos y otros estableci-

mientos é instituciones de caridad y beneficencia con los fondos de la Misión, que siempre han sido escasos en Quilón. Pero lo que embargaba sobremanera la atención del ilustre Prelado, era la necesidad que tenían su ovejas del pábulo de la instrucción, y así estableció varias escuelas elementales, y mejoró las pocas que ya existían, fundó un convento de religiosas de enseñanza, regularizó y mejoró otros dos que había, y dió nuevo impulso al instituto de segunda enseñanza que su predecesor había fundado, aumentando el número de profesores é introduciendo otras reformas útiles. De esta manera, gracias al incansable celo de su Obispo, la diócesis de Quilón cuenta más de ochenta escuelas elementales, de las cuales setenta y tres reciben subvención de la Misión; tres conventos de monjas dedicadas á la enseñanza; un colegio de segunda enseñanza; cuatro orfanotrofios y otros tantos catecumenados, y un Seminario eclesiástico. Las Religiosas terciarias de Santa Teresa, dedicadas á la educación de las jóvenes, tienen su residencia en Quilón, Tangacherry y Tridandrum, y su escuela de este último punto puede competir ventajosamente con las mejores del Gobierno.

Hallándose nuestra Misión en un estado relativamente satisfactorio respecto á los ramos que constituyen el bienestar espiritual de un pueblo católico, se realizaron dos acontecimientos transcendentales para la Iglesia Católica de la India, y estos acontecimientos son el Concordato de la Santa Sede con Portugal, y la publicación de la Constitución apostólica *Humane salutis Auctor*. Por el Concordato se restringieron las pretensiones del rey de Portugal, y por la expresada Constitución se estableció la jerarquía eclesiástica; acontecimientos ambos que marcarán una nueva época en la historia eclesiástica de la India, y que indudablemente han dado gran impulso al ministerio de la conversión de los infieles. Por de pronto, los vicariatos apostólicos se transformaron en diócesis, y el ilustrísimo Fernando fué nombrado Obispo residencial de Quilón, teniendo así el honor de ser el primer Obispo de esta diócesis.

A consecuencia del Concordato, cuestiones jurisdiccionales que durante dos siglos turbaron más de una vez la paz de las cristiandades de la India, desapare-

cieron, al menos en parte, y se agregaron á esta diócesis 9,000 almas que antes estaban bajo la jurisdicción del Arzobispo de Goa, y la cristiandad cismática que he mencionado arriba volvió á la casa paterna. Pero aun quedaban en la herejía unos trescientos cristianos, y el ilustre Prelado ya ha tenido el consuelo de recibirlos en la única arca de salvación.

No quisiera concluir sin dedicar dos palabras á los colaboradores del Ilmo. Fernando en su tarea civilizadora. Es cierto que la victoria generalmente se atribuye á la táctica y habilidad del jefe; pero no es menos cierto que no hay victoria posible si en el ejército no hay orden y disciplina. El éxito glorioso del jefe supone valor y disciplina en los oficiales y en el soldado. Pues bien: me aprovecho con gusto de esta oportunidad para declarar con toda la efusión de mi alma que en los trabajos y éxito del Ilmo. Fernando han tenido gran parte sus misioneros y el clero indígena, que

han cooperado y cooperan á los esfuerzos de su Prelado con una abnegación y desinterés que acreditan su religiosidad y celo evangélico. No puedo menos de mencionar, ya que se me presenta la ocasión, el nombre del veterano misionero, el P. Víctor de San Antonio, auxiliar especial del Obispo en la fundación del catecumenado y orfanotrofios,

y que fundó la primera fabrica de tejas en el reino de Travancore; me es grato también mencionar los nombres de los PP. María, Víctor Próspero, Fernando, Elías, Antonino, Gregorio, Juan, Martín y Carlos, estos tres últimos españoles, y todos queridos de sus cristianos y de su Prelado.

ISLAS SANDWICH (Oceanía)

Una visita á los leprosos de la isla de Molokai

HAY actualmente en Molokai noventa y cinco pensionistas de todas edades, desde cinco años hasta los ochenta. Esta casa está confiada á los cuidados de seis Hermanas Franciscanas de Siracusa. Imaginaos un lindo chalet con un patio y una galería, y tendréis una idea de la residencia de las Hermanas. Delante de la casa se extiende un patio en donde



TÚNEZ.—Mercado de Keruán. (Pág. 135)

las niñas juegan al croquet. A derecha muchas construcciones sirven de salas de baños, de cocinas, clases y dormitorios. Hay allí niñas de todas edades; algunas tienen el rostro comido por el mal; otras están de tal manera achacosas por los sufrimientos, que parecen mujeres de ochenta ó cien años. Unas han perdido ya los dedos de las manos, y otras los de los pies.

Sus dormitorios se parecen bastante á los de los mejores hospitales, pues el Consejo de Sanidad no perdona gastos para el bienestar de los leprosos. A las Hermanas, asimismo, nada les falta; hasta tienen caballo y coche. En este coche nos trasladamos á Kalavo, pueblecito donde vivió y murió el P. Damian. Allí asistimos á la agonía de un inglés leproso. Era un espectáculo aterrador. Tendido en un lecho junto á una abertura que dejaba pasar la brisa del mediodía con aromas de jazmín y de hierba-buena, yacía el moribundo completa-

mente descarnado, con el rostro medio comido por el cáncer, los ojos vidriosos, las manos deformes y el pecho sacudido por rápidos y violentos sobresaltos. Y no obstante, este joven, á pesar de tener conciencia de su horrible estado, mostraba una paciencia y resignación extraordinarias. Mientras que de rodillas junto á él, pedía-

mos al Señor que enviase sus celestiales mensajeros para llevarse sobre sus alas el alma del mártir, el paciente murmuraba el nombre de Jesús, y hasta en los momentos de la última agonía se esforzaba por incorporarse y decirnos:

—Gracias por su visita, Dios los bendiga.

La misma noche descansaba en paz.

En seguida visitamos la reducida iglesia en la que el P. Damian celebraba la Misa, y en donde ahora el Padre Conrardy celebra los Oficios.

Este último despliega una actividad prodigiosa. Nos condujo á la casa de los niños, en la que hay ciento cincuenta pensionistas. Allí, como en casa de las niñas, nuestros ojos contemplaron los estragos causados por la enfermedad.

Los niños cantaron himnos para obsequiarnos. Todos parecían dichosos, á excepción de uno ó dos que iban á morir. Muchos pueden todavía correr y jugar. El superintendente, Sr. Ewans, siempre lleno de solicitud,

les preguntó si necesitaban juguetes, y les colmó de gozo al prometer enviárselos.

Desde la casa de los niños fuimos á visitar á los leprosos en sus propias casas. Muchos, pertenecientes á familias ricas, tienen habitaciones casi lujosas. Para los pobres el Gobierno ha establecido chalets decentes y hasta cómodos.

En seguida fuimos á la casa del P. Damian y subimos al primer piso, entrando en el aposento donde murió. Todavía había allí muchos libros suyos en estantes fijos en la pared.

Al volver de Kalavo á Kalaupapa, nos detuvimos en el despacho del Dr. Swift, médico residente en Molokay. Allí vimos á Kenau, el condenado á muerte, que tuvo que escoger entre la pena capital ó la inoculación de la lepra. Prefirió vivir y fué inoculado tres veces; finalmente la enfermedad se le desarrolló,

De vuelta encontramos muchos leprosos á caballo. En

efecto, hay al menos ochocientos caballos en este establecimiento de más de mil doscientos leprosos, y los que no pueden andar se entregan todavía al placer de la equitación. El viernes por la mañana visitamos la pequeña iglesia del Padre Wendolen y la escuela de los niños leprosos. El Padre Wendolen es alegre y bondadoso como el P. Conrardy.

Los dos conversan con los leprosos en su propia lengua, y ganan los corazones de los indígenas con la simpatía y el afecto que les muestran en todas ocasiones.



TÚNEZ.—Mezquita y patio de Sidi-Mohamed-ben-Aissa, en Keruán. (Pág. 135)

LA PROPAGACIÓN DE LA FE EN MÉJICO

Y EL ILMO. TERRIEN

A PROPÓSITO de la Obra de la Propagación de la Fe y de la presencia en Méjico del Ilmo. Terrien, delegado apostólico de Su Santidad, dice un periódico de Nantes:

«Acabamos de despedirnos del Ilmo. Terrien (de Saint André-des-Eaux), camarero honorario del Sumo Pontífice León XIII.

«A pesar de lo muy quebrantado de su salud á causa de los incesantes cuidados de la gran Obra que le ha

sido confiada en América, quiso embarcarse el 10 de Diciembre en el Havre para ir á unirse en Méjico con los dos compañeros que había dejado allí á principios del año.

«Las necesidades de las Misiones aumentan á medida que éstas se extienden y multiplican. Importa, pues, hacer que crezcan al mismo tiempo los recursos de la Obra que las sostiene. La América latina es esencialmente católica. Para hacer germinar allí la Obra eminentemente popular de la Propagación de la Fe, para organizarla y afirmar su funcionamiento en el porvenir, se necesitaba un hombre que conociese esos pueblos y hablase su idioma; que pudiese prever las dificultades para asegurarse los medios de vencerlas; que supiese, en fin, ganar para su Obra las simpatías de la muchedumbre. Ninguno más á propósito para esta tarea que el Ilmo. Terrien. Hace mucho tiempo había recorrido la América recogiendo limosnas para la obra de las Misiones. Su exterior sencillo y majestuoso, su expresión á la vez enérgica y dulce, revelan gran bondad de corazón al mismo tiempo que una voluntad inteligente, que sabrá llevar á buen término grandiosas empresas. Así es que él fué el hombre de la Propagación de la Fe.

«En Diciembre de 1888 partía, llevando las bendiciones del Santo Padre. El *Petit Messenger* ha tenido la dicha de referir sus éxitos. Al cabo de tres años, vuelve á Europa. Debía dar cuenta del bien realizado ya y de las esperanzas que fundaba para el porvenir. Fué recibido por el Soberano Pontífice en audiencia privada. ¡Cómo se complacía en relatar los gozes que le había proporcionado esa conversación con León XIII!

«Después de recibir los estímulos de la corte de Roma, vino á Guérande, en medio de los suyos; pero llegaba honrado y enaltecido con el título de camarero honorario de Su Santidad. Esta distinción le fué otorgada como recompensa de los señalados servicios que había prestado á la Propagación de la Fe. Sus amigos de la diócesis de Nantes tuvieron la dicha de felicitarle. A ese primer título vino á agregarse la condecoración de Caballero del Santo Sepulcro, enviada por su excelencia el Patriarca de Jerusalén.

«Con esos distinguidos títulos va el Ilmo. Terrien á continuar sus trabajos en la república mejicana. Reciba nuestros más fervientes votos: hacemos preces por el completo éxito de su obra, que está llamada á sostener los progresos de nuestras Misiones entre los pueblos infieles.»

El Ilmo. Terrien, en efecto, ha llegado ya á Méjico, según leemos en el *Círculo Católico*, semanario de la capital.

«Hace poco menos de tres años, dice, vinieron á esta ciudad algunos misioneros apostólicos con el fin de establecer en nuestra querida patria la obra excelente de la Propagación de la Fe.

«El principal de estos hombres apostólicos, el reverendo P. Terrien, pocos meses antes de llegar á nuestro país había tenido el honor de ser recibido en audiencia privada por Su Santidad, y el Soberano Pontífice le había dirigido estas preciosas palabras hablando de nuestra América: «Ve, hijo mío, á esas remotas regiones, á esos pueblos de ardiente fe y de generoso corazón; diles que si los Consejos de la Propagación de

«la Fe te han elegido, el mismo Papa es quien te envía, «el Papa que bendice á los que te reciban y respondan «á tu llamamiento.»

«Si el Padre Santo ha bendecido á los que ayuden y reciban á los reverendos Padres Misioneros será un motivo de consuelo indecible para el Círculo Católico de Méjico el de haber dado hospitalidad durante tres años á un representante del Vicario de Nuestro Señor en la tierra, y á sus compañeros los PP. Boutry y Devoucoux, que llamaremos romeros de la verdadera civilización y de la verdadera libertad.

«El Rdo. P. Terrien, pocos meses ha, tuvo una nueva audiencia particular de Su Santidad León XIII, y el Padre Santo le concedió de un modo especial la bendición apostólica y la indulgencia plenaria para cuantos en nuestra amada patria favorezcan la necesaria Obra de la Propagación de la Fe. Dichosos, pues, nosotros los mejicanos. Sin dejar nuestro hermoso cielo, nuestro suelo natal, nuestras familias, podemos aprovechar la bendición del Santísimo Padre y contribuir á la vez á la realización del voto más ardiente del amantísimo Corazón de Jesús: la formación de un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor.

«Al terminar, daremos la bienvenida al M. Rdo. Padre Terrien, que tiene ahora un título más á nuestro respeto y á nuestras simpatías, puesto que el Sumo Pontífice quiso honrarlo con las insignias de la Prelatura para dar una nueva sanción á la misión civilizadora que desempeña con tanta actividad y prudencia, y mostrar una vez más cuán queridas y preciosas son á su corazón las obras del apostolado.»

RECUERDOS DE TIERRA SANTA

UNA PROCESIÓN AL LUGAR DE LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

DEJANDO la cima de la Ascensión, refiere un piadoso peregrino, pasamos por el sitio donde había una higuera, que maldijo Jesús, por no haber encontrado en ella fruto alguno, y al día siguiente halláronla seca sus discípulos. Minutos después llegamos al sitio donde en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo existía el castillo de Betfage, distante del lugar de la Ascensión poco más de trescientos metros al S. E. Allí mandó el Salvador á dos de sus discípulos que fuesen á buscar un pollino, para hacer con él su entrada solemne en Jerusalén. En memoria de aquel hecho de la vida del Salvador, desde aquí partía en otro tiempo el Domingo de Ramos una procesión lucidísima. Ni aun ruínas pudimos ver del castillo é iglesia que hubo allí algún día, y que una tradición inmemorial coloca á la izquierda del camino, precisamente en el sitio mismo donde en medio de un campo estéril crece algún granado y alguna que otra higuera, con lo cual todavía hoy se justifica el nombre del lugar, pues Betfage significa *casa de los higos*.

En tiempo del Salvador Betfage (*V. el grabado de la pág. 136*), que San Jerónimo y Orígenes interpretan *casa de las quijadas*, pertenecía á los sacerdotes que estaban al servicio del templo.

A las doce y cuarto entrábamos en Betania (*V. el grabado de la pág. 130*), uno de los pueblos de la Palestina que con más dulce eco resuena en el corazón del cristiano, el cual desde niño está familiarizado con tan hermoso nombre, asociado á muchos acontecimientos de la historia del Salvador en los tres últimos años de su vida santísima. Apeámonos delante de un vetusto edificio, cuyos agrietados muros amenazaban desplomarse sobre nosotros: era el que encierra el sepulcro de Lázaro. Provisos de las correspondientes bujías; bajamos al sepulcro de este amigo del Salvador por una escalera de veintisiete peldaños, situada al Norte, y abierta en la viva roca y á expensas de los Padres Franciscanos, cuando los turcos, habiendo erigido una mezquita en el lugar de la antigua iglesia, prohibieron á los cristianos el ingreso á la veneranda cripta por la primitiva entrada, que miraba al Oriente.

Al pie de la escalera se encuentra una cámara de tres metros de largo y dos de ancho, cortada también, como el resto del monumento, en la roca, y cubierta de una bóveda ojival. En el ángulo Sudoeste hay un altar de piedra, en el cual suele celebrarse el santo sacrificio de la Misa. Según una antigua tradición, consignada por el P. Antonio del Castillo y otros, la piedra del ara es la misma que cerraba la veneranda tumba. Desde esta cámara se baja por otros tres escalones al sepulcro propiamente dicho, que tiene de largo dos metros y medio, y de ancho dos, y está igualmente cerrado por una bóveda ojival. Es seguramente aquel sitio uno de los más augustos y devotos de la tierra Santa. Allí hizo el Señor uno de los estupendos prodigios de su omnipotencia divina resucitando á Lázaro, que hacía tres días había sido enterrado y despedía el hedor de la corrupción. (*V. el grabado de la pág. siguiente*).

Dos veces al año, una el viernes de la cuarta semana de Cuaresma, y otra el 22 de Julio, fiesta de Santa María Magdalena, se hace una devota peregrinación al sepulcro de Lázaro, para lo cual el día antes se pide licencia al bajá de Jerusalén, y se limpia el venerando recinto, que está convertido ordinariamente en establo.

A las dos de la mañana salen del convento de San Salvador con linternas encendidas, para alumbrarse por aquellas pésimas trochas, los Religiosos, presididos por el muy reverendo Padre vicario, y acompañados de los peregrinos y fieles que desean visitar el sepulcro del amigo del Salvador. Va delante el sacristán, para colocar en la sagrada cripta dos altares, en los cuales se ofrece el incruento Sacrificio. Dice la primera Misa el citado Padre vicario, y después celebran los sacerdotes peregrinos, según su antigüedad en Tierra Santa. Terminadas las Misas, en las cuales comulgan los Hermanos legos, los peregrinos y muchos fieles, el párroco de San Salvador canta en latín el Evangelio de la muerte y resurrección de Lázaro. Más tarde el mismo párroco de Jerusalén vuelve á leer el Evangelio, en lengua árabe, á la entrada del subterráneo, á cuyo acto asisten con gran atención y respeto los musulmanes de Betania, que profesan mucha veneración al hermano de María. A esta circunstancia tal vez se debe la conservación del monumento, pues creen aquellos infelices que si le destruyesen morirían inmediatamente sus hijos.

Desde el sepulcro de Lázaro dirígense todos proce-

sionalmente al sitio donde estuvo su casa, de Marta y María, y á la piedra del Coloquio. Visitada ésta, se encamina la procesión al monte Olivete, por distinta ruta de la que habían seguido los peregrinos desde Jerusalén á Betania. En Betfage se hace alto y se canta en latín el Evangelio del Domingo de Ramos. Marcha después la comitiva cantando el *Te Deum* hasta el santuario de la Ascensión, donde también se canta el Evangelio de la festividad. En el lugar donde el Salvador lloró la destrucción y ruina de Jerusalén, entónase igualmente el Evangelio alusivo á aquel paso de la vida del Salvador. Desde allí se dirige la procesión á la Gruta de Getsemani,* donde se canta la Letanía Lauretana. Regresa después la Comunidad á San Salvador, deteniéndose breves momentos en los santuarios del tránsito, á saber, el sepulcro de la Virgen, el huerto de Getsemani, el torrente Cedrón (*V. el grabado de la pág. 137*), el sitio del martirio de San Esteban, la Piscina Probática, la iglesia de la Flagelación, el arco del Ecce Homo, y las estaciones de la calle de Amargura.

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL RDO. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

VIII

Keruán.—Aspecto de la ciudad.—Los Zlass.—Fundación de Keruán.—El slughi Baruta.—El mercado.—El farik.—La mezquita mayor.—La Zahuia del Khangrani.—La mezquita del Barbero.

KERUÁN es una ciudad exclusivamente árabe, que nos traslada de repente á pasados siglos, en plena vida musulmana, á un mundo que nada tiene de común con la moderna Europa. Antes de la ocupación francesa, difícilmente podían entrar en ella los extranjeros, como sucede todavía en Ghadames. Según opinión entre ellos muy acreditada, ningún cristiano podía pasar allí la noche á menos de un milagro, pues le delataban los morabitos difuntos. Por lo visto, el milagro se ha verificado siempre, toda vez que los morabitos nunca se han levantado de sus sepulcros para molestar á los Rumis.

Aunque siete peregrinaciones á Keruán no equivalen, como equivocadamente escriben algunos, á una peregrinación al sepulcro de Mahoma, no por esto deja de ser la ciudad sublime de Islam, la más venerada después de la Meca y Jerusalén. De cien leguas á la redonda se hacen enterrar en ella los devotos, para que descansen sus huesos en tierra sagrada.

Al presente no hay en todo el Protectorado ciudad alguna en que se goce mayor libertad. Es la única que tolera la visita de las mezquitas, prohibida en el resto de la Regencia.

Débase este resultado á la conducta observada por los oficiales desde el primer día. Al tener necesidad de un local sano, ventilado y cómodo para establecer una ambulancia, elegían decididamente la mezquita mayor. Los imanes no dejaban de protestar, pero respondían á su jefe:

—Si vas á Francia podrás, cuando quieras, entrar en las iglesias cristianas. Así nosotros queremos entrar también en tus mezquitas.



RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Quitada la losa, Jesús alzando los ojos á lo alto y hecha oración, gritó en alta voz: Lázaro, ven fuera

(Joan. xi, 41-43)

(Pág. 131)



El imán tuvo que ceder, y una vez profanada la mezquita mayor, las otras por asimilación nos son igualmente accesibles. Los morabitos de guardia se contentan con levantar las esteras al pasar el Rumi, ó sacudir las con un palo cuando ha salido.

La muralla árabe, de almenas regulares, que rodea como una brillante diadema la capital religiosa de Túnez, tiene diez metros de alto y tres mil ciento veinticinco de longitud, con cinco puertas á ciertas distancias, defendidas por torres cuadradas ó redondas. Un camino de dos metros practicado sobre las fortificaciones y detrás de las almenas, permite al visitante dar la vuelta á la ciudad, y abarcar de una mirada el movimiento del mercado y todo el dédalo de callejones que separan los terrados de las casas y cortan el conjunto con multitud de polígonos irregulares.

Al Sudoeste de las murallas hay el importante arrabal de los Zlass, donde las tribus nómadas que vagan por los alrededores de Keruán se reúnen para vender sus mercaderías y tratar sus negocios. Pocos años ha desde allí se lanzaban armados contra la ciudad, imponiéndole un tributo tanto más considerable cuanto era arbitrario é injusto. En efecto: á una señal convenida los ginetes de las llanuras, llevando la mukala en bandolera y pistolas en el cinto, se presentaban cimitarra en mano á las puertas de la ciudad, amenazando á los centinelas, que se rendían á discreción, y después de algunas descargas de fusil para infundir espanto á los pacíficos keruaneses, empezaban el saqueo de las casas. Los vecinos, á fin de evitar la matanza ó la ruina, ofrecían voluntariamente un rescate en dinero, telas y frutos. Cargados de botín, los zlass desaparecían al galope de los caballos, sin que ningún cuerpo armado tratase de perseguirlos. Los ginetes que volvían después aisladamente para hacer sus compras en la ciudad, eran recibidos con consideración y respeto, pues si los ciudadanos les hubiesen tocado un pelo de la ropa, la venganza hubiera sido pronta y terrible. La llegada de los franceses ha puesto fin á estos actos de pillaje, y los keruaneses no temen ya á los bandidos desde que están defendidos por las bayonetas de los pantalones rojos.

La imaginación de los historiadores árabes ha rodeado la cuna de Keruán de leyendas maravillosas. Abd-er-Rahmán-Ibn-Abd-el-Hakem refiere así su fundación:

«Okba-ben-Nafe marchó sobre Kasfa, y después de tomarla, lo mismo que Kastilia, se dirigió hacia Keruán. No agradándole esta ciudad, fundada por su predecesor Noania-Ibn-Hodeidj, montó nuevamente á caballo, y condujo sus tropas al sitio que debía ocupar la ciudad actual del mismo nombre. Era una vasta llanura, llena de arbustos y plantas rastreras, que servía de guarida á las bestias feroces y á los buhos. Al llegar allí, gritó:

«—¡Moradores de este valle, alejaos! ¡Que Dios os bendiga! ¡Nosotros nos establecemos aquí!

«Tres días seguidos hizo esta proclama, y todas las fieras y buhos evacuaron el lugar. Ordenó entonces despejar el terreno y dividirlo en lotes; transportó allí el pueblo, abandonando la ciudad construida por su predecesor, y clavando la lanza en el suelo, exclamó:

«—¡He aquí vuestro Keruán!»

Keruán significa estación de caravanas.

Según otro historiador, Noweiri, Dios reveló también á Okba el emplazamiento, la orientación y el plan de la mezquita mayor, cuyos trabajos duraron cincuenta y cinco años, terminándose en el 675 antes de Jesucristo.

Diga lo que quiera la leyenda musulmana, lo cierto es que el lugar en que se edificó Keruán había sido ya ocupado por los griegos, y veíanse en él las ruínas de un castillo, llamado Comunia ó Cunia.

La ciudad sufrió las diferentes dominaciones que pesaron sobre la Afrikia, alcanzando su apogeo en el reinado de los Ar'lebides, que la hicieron metrópoli de su imperio. Túnez obtuvo luego la supremacía, que ha conservado hasta hoy. Los franceses son los primeros cristianos que han entrado á fuerza de armas en la capital religiosa de la Regencia.

Ya que he dicho algo de las leyendas, no puedo pasar en silencio la del slughi Baruta. El slughi es ese gracioso lebrele, de piernas finas como de gacela, cuerpo abultado, largo y afilado hocico, y grandes ojos pensativos. Su pelaje, de un rojo fuerte, recuerda la arena del desierto. El slughi tiene poco olfato, y caza á la vista. La pieza de caza descubierta no se libra del diente del lebrele, cuyos saltos alcanzan siete metros.

Únicamente las gacelas, más ágiles aún, escapan á su persecución.

El slughi es el perro noble, que el árabe rico admite en su tienda, que lleva en silla sobre su caballo, que asocia á las fiestas de familia, y cuyo elegante perfil dibujan las mujeres en sus tapices de lana. Tiénese especial cuidado en que no se altere su pureza y la finura de su raza.

Okba poseía un slughi llamado Baruta. Faltaba el agua en el emplazamiento escogido para la fundación de Keruán. Los guerreros, sedientos y fatigados, sufrían cruelmente; languidecían los caballos, y los camellos levantaban inútilmente hacia el horizonte su arrugado hocico. Baruta se interna entre las matas, y con sus agudas garras cava activamente en la arena. Siguenle los guerreros, y ven bajo sus patas un delgado hilo de agua. Ensanchan el agujero, y fórmase luego un estanque que se llena del precioso líquido, donde apagan su sed hombres y bestias. Una *zauia*, en memoria de este hecho, cubre la fuente y perpetúa el recuerdo de slughi Baruta.

Keruán es una ciudad enteramente nueva para el viajero. Todo lo que vemos contrasta singularmente con nuestras ideas y costumbres. Nuestros sombreros y trajes son un contrasentido, y aun nuestro calzado contrasta extraordinariamente con las babuchas amarillas y rojas de los árabes con quienes nos codeamos. Nuestra presencia en el mercado, en el bazar, bajo la bóveda de las puertas y junto á las tiendas excita la curiosidad general.

¡Qué vida, qué extravagancia, qué mezcolanza de colores, qué baturrillo de sonidos guturales, qué reflejos de oro y plata á la blanca luz del sol y en una atmósfera límpida y pura!

El Sr. Cánova ha puesto á nuestra disposición el chauch Hassem, á quien se abren todas las puertas; pero siempre hay necesidad de volver al Zankat-

Tuila, arteria principal que une Bab-Tunis á Bab-Djelladin. Tiene quince metros de anchura, y encuéntranse en ella multitud de tiendas, tres mezquitas, el bazar, los baños, la casa del gobernador, almacenes de cacharrería, sables, hojalatería, zapatería, curtidos, y puestos ambulantes de mercaderes de golosinas, y de vendedores de horchata y langostas fritas. A lo lejos, por encima de los terrados, se perfilan las cúpulas de las mezquitas. (*V. el grabado de la pág. 128*).

Vense ondear en todas direcciones multitud de albornoces al lado de caballos guiados por negros, ó de un camello con un palanquin, entre cuyas telas se oculta una mujer. El vendedor de limonadas anuncia su presencia haciendo balancear dos vasos, que produce un continuo retintín. De su cintura penden copas de cobre que al andar chocan ruidosamente. Entre hombres y animales corretean algunas niñas, cubierta la cabeza con un velo de tisú de oro, y no pocos muchachos adornado el lóbulo de la oreja con un grueso zarcillo, vacío en la parte superior, y en la opuesta primorosamente cincelado.

A cada momento llegan ginetes llevando cubierta la cabeza con un descomunal sombrero de alfa, lleno de dijes y adornos de cuero rojo. Es el m'zala. Sus alas son tan anchas que parece un paraguas, y casi más bien lo llevan en la espalda que en la cabeza. Este artículo de lujo, sin embargo, le vale á su propietario un título de nobleza, y el nómada opulento apenas se separa nunca de él.

Los mercaderes de Keruán no se ponen en cuclillas como los de Túnez. Trabajan á la vista de los parroquianos. El barbero afeita y rasura; el zapatero hace babuchas y el calderero bate el cobre en medio de la multitud.

El resto de la ciudad ofrece un dedalo inextricable á primera vista de callejones sin salida, de pasajes cubiertos, y callejuelas estrechas y tortuosas.

Hassein nos guía á casa del Jarik, gobernador indígena, sujeto de distinguido porte y maneras, que nos recibe con la mayor cortesía, deshaciéndose en *salamlacks*, y deseándonos de mil maneras salud, buen viaje y felicidad.

No vemos palacio alguno, pero sí muchos restos y fragmentos de las épocas romana y bizantina empotrados en los ángulos y puertas de las casas. La mezquita mayor apenas es otra cosa que una rica colección de zócalos, columnas y capiteles, abrazando un período de cinco siglos de arquitectura. El arqueólogo puede comparar en ella la escuela africana y la oriental, comprender y seguir en las formas y motivos de la ornamentación las degeneraciones del jónico y del corintio.

La mezquita mayor, á pesar de su celebridad, no puede compararse con la de Córdoba. Produce, no obstante, muy buen efecto. El patio es vasto, enlosado con piedras tumularias romanas y cristianas, rodeándola por tres lados un doble claustro.

Cuéntanse en ella más de quinientas columnas antiguas dispuestas en largas hileras. Una torre cuadrada, coronada por una cúpula, sirve de alminar. Desde su remate la vista abraza el panorama de la ciudad y de las llanuras saháricas que la rodean.

Las gradas de la escalera son piedras tumularias en

las que noto vestigios de inscripciones y símbolos cristianos. Uno de los últimos escalones tiene con todas sus letras el nombre de J. Roche, y el inmediato el nombre y las palmas de una virgen mártir.

La mezquita comprende ocho naves longitudinales y diecisiete transversales, sostenidas por doscientas ochenta columnas de ónix, pórfido y mármol (*V. el grabado de la pág. 125*), procedentes, lo mismo que los capiteles, de antiguas basílicas de Cartago, Sabra, Sbeitla y Adrumeta, como lo prueban ciertos adornos de arquitectura.

Los árabes escogieron en las ruínas los fragmentos más bellos, y los emparejaron sin preocuparse del estilo ni de las épocas. Juntaron un capitel bizantino con otro romano y una columna de ónix con un fuste de pórfido. Su obra, sin embargo, no por eso es menos admirable.

En la entrada del santuario se ven cuatro columnas célebres por la belleza de su rojo vivo, salpicadas con manchas blancas á manera de pórfido. Cada una de ellas costaría ahora treinta mil pesetas. Proceden de Sbeitla, arruinada por los soldados de Othmán, el tercer califa.

Al Noroeste, y á un kilómetro de distancia fuera de los muros, hay varias mezquitas célebres. La *zauia* del Khangrani sirve de seminario musulmán, y está contigua á la de Sidi-Mohamed-ben-Aissa, cuyo patio y claustro son notables. Allí los aissanas se entregan á sus furiosos religiosos, y veo pendientes de la pared los tambores, sables y otros instrumentos necesarios á sus ejercicios.

Hassein nos conduce pasando por una pieza cuadrada, decorada con preciosos arabescos, á un espacioso patio enlosado de mármol (*V. el grabado de la pág. 129*), cerrado por una galería, en la que brillan columnas de loza antigua verdes, azules y amarillas. Sobre esta columnata, de ligereza suma, otras piezas de loza de colores finos cubren la pared hasta el techo, y encantan la vista por la suavidad de sus matices, que contrastan con la brillantez del cielo azul.

Debajo del claustro una puerta de mármol blanco da acceso á la mezquita de Sidi-Sahab, camarada y barbero de Mahoma. Su silla, cubierta de tapices, la cobijan lienzos con los colores del Islam.

Del pecho del Figaro musulmán cuelga un saquito con tres pelos de la barba del profeta.

Sobre el catafalco pende del techo una lámpara de cristal. En las paredes hay colocados huevos de aves-truz y sacos con tierra de la Meca, que trajeron como exvoto los peregrinos.

DE PORTO-NOVO Á OYO

(Febrero-Marzo 1891)

MEMORIA DEL RDO. P. PIED, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYÓN

VI

EL desierto de cuarenta kilómetros que se extiende desde Meko á Gangan, sin cortijos ni plantaciones, sirve de límite entre los reinos de Ketu y de Oyo.

Gangan, por encontrarse en la frontera, está más expuesta que cualquier otra ciudad del reino de Oyo á

las invasiones de Dahomey. Así es que, á pesar del foso y del muro almenado que la defienden, la población huyó al primer grito de alarma, y se refugia en las ciudades del interior. Vuelve á sus lares al cabo de algún tiempo, pero cada vez en menor número; de suerte que pudiendo la ciudad contener de cuatro á cinco mil almas, apenas cuenta hoy de seis á setecientas.

Las casas, espaciosas y separadas por anchas y limpias calles, están construídas de arcilla: altas y bien cubiertas, reina en ellas un orden y comodidad que contrasta con el aspecto miserable de las poblaciones de Ketu.

Sentados á la puerta de la casa del jefe, á quien ha ido á anunciarnos el mensajero de Oyo, saboreamos tres buenas calabazas de acassa que alguna mujeres nos presentan de rodillas.

hijo, á quien en las horas de comer da su parte de calulu y de ñames como á todo el mundo.

El infeliz es un joven de veinte años que nunca ha tenido uso de razón, y sus padres le cuidan constantemente. Sirva esto de contestación á los que pretenden que el amor maternal es desconocido entre los negros. Puedo afirmar que la negra en nada cede, respecto á este punto, á la mujer blanca, y aun diré que se constituye más y mejor en esclava de su hijo, á quien cría á sus pechos durante tres años, sin separarse de él noche y día. En caso de enfermedad le prodiga sus cuidados con tanto interés como si fuese parte de sí misma.

Del establo veo salir un caballo, que dicen es el décimo que ha comprado el jefe; todos los demás han muerto. En Gangan, como en Porto-Novo y Lagos, apenas vive este noble bruto, mientras que prospera en



BETFAGE, cerca del Olivete. (Pág. 130)

Viene el jefe á saludarme: es joven é inteligente, grave y benévolo: me felicita por mi llegada, y me brinda á descansar en su casa todo el tiempo que quiera. Al poco rato me envía un calulu con caza condimentada con muchas especias, que mis hombres encuentran excelente. Momentos antes de acostarme, me envía otra calabaza de acassa.

Durante la noche nos despiertan repetidas veces gritos y frases entrecortadas, pronunciadas con insólita volubilidad. Nadie contestaba al parecer, y enmudecía la voz para continuar más tarde. Por la mañana hemos sabido que un infeliz idiota, hijo mayor del jefe, sentado en la galería hablaba solo y se incomodaba á veces contra un interlocutor imaginario. La pobre madre, silenciosa, prosigue sus quehaceres sin interrumpir á su

Abeokuta y Oyo. El terreno es elevado, é indudablemente tan sano como el resto de Yoruba: ¿á qué atribuir semejante anomalía? ¿A los pastos ó al agua? Nadie ha podido decírmelo.

El mensajero de Oyo me anuncia que el jefe de Gangan ha dado aviso de mi llegada al rey de Isebrin, pidiéndole que me franqueara el paso.

—Hace siete ú ocho días, añade, que un blanco procedente de Abeokuta llegó hasta Eseado, y se vió obligado á volverse, sin que pudiera pasar más adelante en territorio de Oyo. El jefe desea, por consiguiente, que aguardéis la respuesta.

Como este contratiempo retarda tres ó cuatro días mi marcha, hago llamar al jefe, y le digo:

—Sorpréndeme la medida que habéis creído deber

tomar. Ya os consta que soy un *Padre*, que vengo de Porto-Novo y voy á hacer una visita á mis compañeros de Oyo, todos amigos del rey. Habiéndoles éste autorizado para que se estableciesen en su capital, su reino está por lo mismo abierto á todos los misioneros sin distinción, toda vez que no hay diferencia alguna entre tal ó cual Padre: todos somos hermanos y miembros de una misma familia. Habiendo los Padres de Oyo venido á verme en Porto-Novo, es natural que les devuelva la visita: por consiguiente, entiendo que no estoy á la merced de tal ó cual jefe de pueblo, de este ó aquel reyezuelo, vasallo del rey de Oyo. Viajando hace ya mucho tiempo, no quiero detenerme más, y partiré mañana. En todo caso, habiendo partido el mensajero la noche precedente, lo encontraré por el camino, y por él sabré la respuesta del rey de Isehrin.

El jefe, sostenido por el mensajero de Oyo y otro in-

verdaderamente conmovedora, que contrastan con lo que sucede en nuestra sociedad europea.

Por fin aparecen mis bagajeros á las ocho. Sospecho que su deseo era pasar dos ó tres días de jolgorio con sus amigos de Gangan. Lo cierto es que del pretendido mensajero enviado al rey de Isehrin, nada más he sabido.

Despídome del rey, y partimos para Isehrin.

El aspecto general es siempre el mismo: á izquierda las montañas, ó más bien las colinas de Ishabe, y á nuestro frente algunos vallecitos con ó sin agua, y plantaciones de maíz, ñames y calabazas.

En el kilómetro doce atravesamos el río Ofiki, que viene de Irawo, ciudad del reino de Oyo, y que es tan pintoresco como el Oignan. Pasámoslo á pie seco, saltando de roca en roca.

A la otra parte se levanta una montaña, detrás de la



EL TORRENTE CEDRÓN. (Pág. 131)

dividuo que le acompañaba, me ruega que espere, aunque no sea más que para complacerle. El lari de Ketu interviene y apoya mis razones, diciendo que siendo los Padres amigos de todo el mundo, pueden sin inconveniente alguno pasar á Dahomey, Porto-Novo, Lagos, Abeokuta y Oyo, no siendo de temer, por lo tanto, que el rey de Isehrin interrumpa mi viaje.

Uno de los que acompañan al jefe confirma lo dicho por Atodju, y se decide que partiremos.

El día siguiente, á las seis, estamos dispuestos, y nos dirigimos á la puerta de la ciudad, acompañados del jefe. Sentámonos á la sombra de un árbol, fuera de los muros de cerca, aguardando á mis hombres de Oyo.

Algunos negros que van á trabajar, pasan delante de nosotros y saludan al jefe postrándose, quien les dirige en cambio una frase cariñosa. Adviértese en esto por una parte el respeto, y por otra una benevolencia

cual se oculta Isehrin, ciudad de escasa importancia y mal defendida. Las casas están bien construídas: la del jefe es grande, y tiene un patio interior muy espacioso.

Nos instalamos en la galería, y allí, como en los otros puntos, la benevolencia de nuestros huéspedes nos provee de todo lo necesario.

Es medio día: las mujeres escalonadas á lo largo de las galerías, preparan la comida para la familia, mientras que dos ancianas, sentadas frente de su respectiva habitación, hilan algodón con el mismo género de husos de que se servían nuestras abuelas: no tienen rueca; el algodón desprendido de sus granos se amontona en una calabaza, y unos tras otros van hilando los copos.

Partimos el día siguiente á las cinco y media, bajando insensiblemente hacia los dos riachuelos de Eleve y de Isehrin. El suelo parece muy fértil, y los terrenos

que no presentan vestigios de fuego están invadidos por las altas hierbas: los árboles medio calcinados por los periódicos incendios, son muy numerosos.

En el séptimo kilómetro el camino va subiendo, y vemos la montaña al pie de la cual se encuentra Eseado, á donde llegamos á las nueve y media.

Henos, pues, al cabo de doscientos cincuenta kilómetros á través de una región cerrada al comercio, desconocida y desolada, en país relativamente civilizado, ó por lo menos en constantes relaciones con los blancos. Eseado encuéntrase en la gran vía de comunicación entre las ciudades de Abeokuta y Oyo, á ochenta y ocho kilómetros de la primera y sesenta y seis de la segunda. Muchos de mis compañeros pasaron ya por ella; no seré, pues, un ente raro.

Con todo, un europeo que llega del Oeste, por un camino que nunca siguieron los blancos, y que es el de Dahomey, ¿no será un espía, un emisario tal vez del enemigo secular, tanto más cuanto los dahomeyanos acaban de ajustar la paz con los blancos? Esto se preguntan los que son testigos de mi llegada, al comunicarse sus impresiones; mi intérprete y mis bagajeros les entienden perfectamente. Tiénenme, al parecer, por sospechoso, y al llegar á la casa del jefe me hacen aguardar.

Nos sentamos bajo un baobab que adorna la plaza del mercado. El mensajero de Oyo, mi guía desde que abandonamos el territorio de Ketu, entró en casa del jefe, donde permanece veinte minutos. Indudablemente tiene que dar muchos informes para identificar mi persona.

Por fin decídese el jefe á salir á mi encuentro, y presta fe á mis palabras. Todos los Padres que van de Abeokuta á Oyo se detienen en su casa, y aun conoce algunos por su nombre. Además, el lari del rey de Ketu puede darle más amplios informes. Así es que me invita á seguirle.

Nos instalamos en la galería, la más espaciosa que he visto. Dispone me traigan estera y silla, y me ofrece una polla y algunos cauríes para proveerme de víveres en el mercado. Doile en cambio algunos objetos, de los que no se olvida preguntarme el valor: felizmente es muy superior al de sus regalos.

Las nuevas que le doy de Porto Novo y Dahomey le tranquilizan y satisfacen.

Pídole noticias del blanco á quien, pocos días antes, había cerrado los caminos, y me refirió lo sucedido.

Dos semanas antes, en efecto, llegó de Abeokuta un blanco que se dirigía á Ibadan. Probablemente era un ministro protestante, pues los protestantes son los únicos que se han establecido en aquella ciudad. Eseado está al pie de un monte de doscientos metros de altura, cortado casi á pico, en cuya cima hay una aldea y un templo fetique consagrado á Ifa. Los blancos viajeros suben allí á veces para gozar de un soberbio punto de vista. Algunos, á lo que parece, olvidando el respeto debido á las costumbres de sus huéspedes, han pasado á vías de hecho, indisponiéndose con los indígenas. El viajero en cuestión quiso también visitar el pueblo de la montaña; pero lo pasó mal, pues apenas llegado á la cumbre persiguiéronle á pedradas, y bajó con mayor rapidez que había subido. Los vecinos de Eseado, viéndole

huir, creyéronle culpable de alguna fechoría, y á su vez apedrearon al pretendido delincuente, que se escapó en dirección de Isehin. ¿Logró volver á Ibadan? La historia no lo dice: lo cierto es que no le han visto más en Eseado.

RECUERDOS DEL CARDENAL LAVIGERIE.

Cinco años hace ya que el finado cardenal Lavigerie hizo su tercera visita al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, y pronunció en esa ocasión las siguientes palabras que creemos leerán con gusto nuestros lectores:

«Vengo á poner bajo los auspicios de María Inmaculada una obra heroica que empieza hoy, en la certidumbre de que, sin la gracia de Dios, el heroísmo es imposible. Se trata de evangelizar á la mujer en un país donde ésta se halla sumida en un abismo de males; y debe ser evangelizada por otras mujeres, por las Hermanas misioneras...

«Vosotras, mujeres cristianas, que me escucháis, no ignoráis lo mucho que debéis á la Virgen Inmaculada. Si todos os colman de honores, y tratan con respeto y cariño; si no sois esclavas; si no sois oprimidas, esto es debido á María, por cuyo medio nos concede Jesús todos los bienes y gracias. Allí en donde María es desconocida, la mujer no es más que una víctima. Según cálculos, que tengo motivos para creer exactos, millares de mujeres de la raza negra son entregadas cada año á sus verdugos, como si fueran otros tantos artículos de mercancías.

«A menudo una partida de bandoleros, protegidos por la obscuridad de la noche, asaltan las pacíficas aldeas de los negros, asesinando á los hombres que les resisten, y arrastrando á las mujeres y niños hacia algún mercado del interior. Algunas veces el viaje hecho siempre á pie, no lo olvidéis, dura varios meses. Cuando una de estas pobres criaturas sucumbe rendida de fatiga, y cae al lado del camino sin poder seguir adelante, un certero golpe de alguno de sus raptos le quita la vida; ó si esto no sucede, la dejan abandonada para que muera de hambre y desesperación. Por último, las que sobreviven á tan penosas jornadas, son puestas en venta en el mercado. Para describir la escena odiosa que allí se presencia, yo, hijo de los Pirineos, no tengo otra cosa que hacer, sino recordaros lo que pasa en los mercados que cada semana tienen lugar en nuestros pueblos. En el Africa Ecuatorial son inspeccionadas y compradas las mujeres del mismo modo que el ganado. Con el precio de una sola vaca se pueden comprar treinta mujeres negras.

«Todo lo que de allí en adelante aguarda á estos infortunados seres, son golpes para obligarlos á trabajar, ó castigos si no se someten totalmente á la voluntad de sus tiranos. Se les rompen los brazos y piernas, y tienen que permanecer sufriendo días enteros en su agonía sin recibir el más mínimo cuidado. Tanto sufren en este mundo: mas con respecto al otro, les queda la esperanza en la infinita misericordia de Dios.

«Por muchos años me ha causado desaliento mi inha-

bilidad para evangelizar á esas pobres mujeres. En el silencio de la noche, como San Pablo, oía la voz de una población inmensa que me gritaba: «¡Oh, tú, que pasas, ven en mi ayuda!» Yo oí este grito desde un principio. Los Padres Blancos, á fin de anunciar á estos infortunados seres la Buena Nueva se exponen á sufrimientos y trabajos de todo género. Once de ellos han sido adornados con un manto de púrpura mucho más brillante que este que nosotros usamos como Príncipes de la Iglesia. Sus discípulos los imitaron en su animosa confesión, ocurriendo escenas dignas de los primeros tiempos de la fe.

«El sexo débil, sin embargo, ha permanecido fuera de la esfera de este movimiento. La dificultad ha consistido en que los sacerdotes misioneros, á causa de las preocupaciones del país, no han podido ponerse en comunicación directa con las mujeres. Sólo otras mujeres pueden acercarse á curar las llagas de las mujeres paganas, y de este modo ganarse sus corazones. Pero ¿en dónde encontraremos Hermanas que se quieran dedicar á semejante misión; que quieran arrostrar tales fatigas por muchos meses, y atravesar aquellos desiertos, donde no se puede ni aún soñar en servirse de bestias para que lleven el equipaje, por razón de la multitud de moscas que las acosan con sus mortales picaduras? ¿No podíamos esperar este sacrificio de parte de mujeres débiles; mas la Virgen Inmaculada ha hecho el milagro!

«Muchas veces me había dicho á mí mismo que no podíamos dejar perecer de ese modo á dos millones de mujeres, cuando he aquí que un día recibo una carta de una joven de dieciocho años de edad, perteneciente á una familia rica y noble, pidiéndome como arrastrada por una fuerza irresistible, le permitiese consagrarse á la salvación de las mujeres de la raza negra. Contesté á la cristiana doncella rehusando absolutamente la petición que me había hecho; sin embargo, le permití que me escribiera una vez cada mes. Después de tres años de lucha y de negativas, me pareció que se había llegado el tiempo de arreglar el negocio. Así, pues, en presencia de su madre, la joven, que ya entonces había pasado de la menor edad, volvió á renovar su petición. Cuando me dirigí á la madre de la joven con el fin de que me dijese su pensamiento acerca de la determinación de su hija, no hizo otra cosa que hincarse de rodillas á mis pies, y con un heroísmo verdaderamente cristiano ofreció á Dios esa prenda de su corazón. Desde entonces varias otras han ido presentándose con el mismo propósito. Hace diez días bendije en Lyon el primer postulante que se ha formado en Francia, cuya superiora me escribe que se presentan aspirantes diariamente.

«Lo que acabo de narrar es un milagro, el cual deseo sea bendecido en la persona de estas misioneras que se encaminan al interior del Africa á dar á conocer á Jesucristo. No vengo, pues, hoy á solicitar vuestras limosnas, sino á pedir por caridad vuestras oraciones para nuestras misioneras, para nuestras Hermanas, para nuestras nuevas comunidades de cristianos. Por mi parte, deseo consagrar á Dios todo el resto de mi vida á todo trabajo que promueva efectivamente este apostolado de las Hermanas misioneras del Africa.»

LOS CATÓLICOS INGLESES

Los miembros de la Asociación de Nuestra Señora de la Merced, de Londres, han efectuado la tradicional peregrinación á la abadía de Westminster para venerar las reliquias del rey San Eduardo, confesor. Después de una solemne Misa celebrada en la iglesia de San Pedro y San Eduardo, situada en el Palace Street, á la cual asistió el Arzobispo de Westminster, los circunstantes, en número de más de novecientos, se trasladaron á la abadía de Westminster, donde se guarda la urna que contiene los restos de San Eduardo, en el centro de la capilla llamada de los Reyes. La antigua y hermosa abadía, arrancada á los católicos, volvió á presenciar en ese día una conmovedora manifestación de piedad cristiana. Todos los peregrinos se santiguaron al entrar en el templo, y fueron á postrarse al rededor de la urna, despojada hace tiempo de las riquezas con que la había adornado la piedad católica, pero en la cual, á pesar del cisma de Inglaterra, se conservan las preciosísimas reliquias del Santo.

La urna, ó relicario, es una valiosa joya artística del siglo XIII. Donativo del rey Enrique III, el 13 de Octubre de 1269 fué llevada solemnísimamente á la abadía por el mismo Rey, su hermano Ricardo y los cuatro hijos de éste. En el reinado del apóstata Enrique VIII el tesoro Real se incautó de las magníficas piedras preciosas que adornaban la urna; pero la reina María reparó este acto de vandalismo disponiendo que se restaurase la urna, cuya base solamente había quedado intacta.

Otro suceso notable en los fastos del Catolicismo inglés son los preparativos que se están haciendo en la diócesis de Northampton para celebrar en Febrero de 1897 el décimotercio centenario de la conversión al Catolicismo de Edelberto, rey de Kent. Para esa fecha el Obispo de Northampton se propone que esté edificada una magnífica basílica, que reemplace á la modesta iglesia que existe en Slough dedicada al Santo Rey. León XIII ha querido asociarse á los católicos ingleses en este acto de filial piedad, y en Agosto último dirigió una carta al Obispo de Northampton estimulándole á no cejar en su intento, bendiciéndole y prometiéndose que la nación inglesa acabará por reconciliarse con la Iglesia católica.

Esta conversión no es una esperanza vana. El Catolicismo todos los días gana terreno en Inglaterra, gracias á la abnegación y al espíritu de sacrificio de que no cesan de dar admirables ejemplos los católicos ingleses. En la *Memoria* que acaba de publicar THE CATHOLIC TRUTH SOCIETY (*Sociedad de la Verdad Católica*), se manifiesta que crece diariamente el número de adhesiones á esta Sociedad, la cual tiene por objeto propagar la verdad religiosa por medio de la publicación de buenos libros. A los publicados en otras series, el P. Morris, de la Compañía de Jesús, ha añadido dos libros de otros Padres de la Compañía: uno, *La Inquisición española*, del P. Smith; y otro, *Las falsas decretales*, del P. Ciarke.

La carta de Su Santidad al Obispo de Northampton dice así:

«Venerable Hermano, salud y apostólica bendición.

«No podemos menos de aprobar con todo entusiasmo el proyecto que has formado y de que nos has dado noticia recientemente, de celebrar en el mes de Febrero de 1897 el décimotercer centenario del dichoso día en que, para bien y prosperidad de la Iglesia en Inglaterra, Edelberto, ilustre rey de Kent y primero entre los hombres insignes de la Gran Bretaña, abjuró de sus antiguas supersticiones y abrazó la católica fe, y de que los católicos ingleses honren de un modo debido la memoria de tan feliz acontecimiento, para que con tal motivo florezca de nuevo, con más brillo que antiguamente, el culto de este Santo Rey, en todo lo cual, con suma previsión, tienes fija tu atención desde ahora.

«Ciertamente que los principios de una Iglesia, en

dicado al rey San Edelberto, se edifique otro mayor y más noble, ahora que va á cumplirse el décimotercer centenario de su regeneración en Jesucristo.

«Yendo á visitar ese templo, los católicos de otras comarcas de Inglaterra darán gracias á Dios benignísimo por haber iluminado en otra época con la luz de la fe á un pueblo que yacía en la superstición, y por intercesión de Rey tan grande pedirán á Dios con vivas instancias que acelere el día en que la nobilísima nación británica vuelva á los brazos de esta Madre que la concibió para Jesucristo, y de la cual, por mayor desventura, la separaron dolorosísimas vicisitudes de tiempos posteriores.

«En cuanto á Nos, aprobamos con toda nuestra autoridad la obra insigne que emprendes y la recomenda-



BETANIA, donde Nuestro Señor Jesucristo resucitó á Lázaro. (Pág. 131)

otra época tan floreciente, merecen la memoria y la gratitud de la posteridad y que con singularísimo celo los católicos deben venerar á Rey tan santo, el cual, después de haber abrazado con generosidad, verdaderamente real, la fe que de Roma fueron á anunciarle, la grabó en sí mismo con la pureza de costumbres, y cuidó de propagarla en su reino con munificencia y solicitud por medio de los apostólicos varones que le envió nuestro predecesor Gregorio Magno.

«Para que la conmemoración de tan fausto acontecimiento quede consignada en algún notable monumento que pueda perpetuarse, discreta y acertadamente has resuelto que en el pueblo de Slugh, dentro del territorio de tu diócesis, donde ya existe un santuario de-

mos sin reservas á los demás Obispos y á todos los fieles ingleses; en primer lugar, porque estamos convencidos de que, con la gracia de Dios, ha de producir singulares ventajas para el nombre católico en Inglaterra; y después para que no pueda parecer que Roma se niega á estimular la conmemoración de tan venturoso acontecimiento, precisamente Roma, de donde recibieron los ingleses la doctrina de Jesucristo.

«Imploramos los socorros celestiales para que todo salga á medida de tus deseos, en prenda de lo cual te concedemos cordialmente la apostólica bendición.

«Dado en Roma, en San Pedro, el día 24 de Agosto del año 1892, décimoquinto de nuestro Pontificado.—
LEÓN PAPA XIII.»

CRÓNICA

España.—Procedente de Fernando Poo ha llegado á esta ciudad el Rdo. P. Luis Saenz, misionero del Corazón de María, quien obligado por la obediencia, ha tenido que alejarse de aquel país, al que profesaba gran afecto, para reparar su quebrantada salud en la casa que dicha Institución tiene en Gracia. En el vapor *Larache*, que ha conducido al citado Religioso, regresaba también el Rdo. P. Lejárraga, quien se hallaba tan extenuado, que por orden del médico del buque tuvo que desembarcar en Canarias. Otro misionero de la misma Orden, el P. Isidro Vila, ha fallecido después de siete años de penosísimos trabajos en la isla de Annobón, dejando consoladores frutos de su celo y constantes sacrificios.

Roma.—Grande fué el entusiasmo con que se aclamó al Sumo Pontífice León XIII el día de su Jubileo Episcopal, 19 de Febrero último, en la basílica de San Pedro. Como la relación del acto la habrán podido leer nuestros lectores en los periódicos diarios, nos contentaremos con decir que Su Santidad, en la audiencia concedida al venerado Presidente del Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe en París, se dignó bendecir con efusión á todos los directores y bienhechores de dicha Obra en las diferentes diócesis del mundo. Con la mayor satisfacción transmitimos la noticia de este nuevo favor á las almas buenas que con oraciones y limosnas cooperan al apostolado, favor que debe animar á todos á trabajar con ardor creciente en propagar más y más una obra tan excelente y meritoria.

—Entre los testimonios de respeto que el Papa ha recibido de los Soberanos de Europa con motivo de su Jubileo Episcopal, cuéntanse los dos siguientes telegramas:

«Londres.—Felicito á Vuestra Santidad por haber cumplido los cincuenta años de vuestra consagración episcopal, y sinceramente os deseo largos años de salud y prosperidad.—VICTORIA.»

«San Petersburgo.—Me complace con alegría de poder ofrecer á Vuestra Santidad, en ocasión de la fiesta de vuestro Jubileo Episcopal, mis cordiales felicitaciones. ¡Quiera el Todopoderoso conservar á la Iglesia Romana y á mis súbditos del rito católico durante largos años aún los beneficios de un pontificado que estará siempre, estoy persuadido, impulsado por sentimientos de concordia y de paz cristiana!—ALEJANDRO.»

—El Sumo Pontífice ha nombrado al Rdo. P. Ignacio Ibáñez, de la Orden de Santo Domingo, vicario apostólico de Anoy (China), en reemplazo del difunto Ilmo. Chinchón.

—Ha recibido el Sumo Pontífice una Diputación de Padres de Nuestra Señora de Africa, compuesta del Ilmo. Livinhac, superior general; del Rdo. P. Voillar, asistente; Rdo. P. Mercui, misionero del Africa Ecuatorial; Rdo. P. Burtín, procurador, y de otros Religiosos que llevaban un negro de Uganda como muestra de sus trabajos en los países de Africa en pro de la Religión católica.

Esta Diputación ha presentado á León XIII una magnífica piel de leopardo y dátiles del desierto.

—El Ilmo. Akchehirlian, obispo de los armenios de Alejandría de Egipto, ha ofrecido á Su Santidad un soberbio trono pontificio con incrustaciones de marfil y nácar, y de un arte exquisito, de estilo árabe: sobre los dos brazos del trono figuran dos cabezas de la célebre Esfinge de Egipto, y alrededor del ribete hay en caracteres de marfil la siguiente inscripción: *Pro Jubileo Episcopali Leoni XIII, Pontifici Maximo Armenis Aegypti donant a D. 1893.*

Hun-Yen (China).—El Rdo. P. Fr. Anselmo Foronda, de la Orden de Predicadores, escribe al M. Rdo. P. Fr. Juan Barquero:

«... Este año hemos tenido cerca de 2,500 bautismos de adultos; es un número bastante regular, y ningún año han subido á tantos, pero ¡cuántas zalagardas, enredos y quebraderos de cabeza hemos tenido que pasar! El caldo gordo lo hizo, como es claro, la provincia de Hung-Yen, sólo en el distrito de Ngaoc-Duong; de la misma se bautizaron 800 adultos. Podíamos haber tenido

muchos más cristianos nuevos con un poco de protección que nos hubiesen dado estas Autoridades; pero sí, espera protección de... sin duda que la religión de Buda se acomoda mejor á las costumbres y opiniones de ciertas gentes, y de ahí la guerra que hacen á la Religión y á sus ministros, cuando debían protegerlos. Por esta persecución tan clara y el odio que tienen á la Religión, es de temer que el año que viene tengamos menos bautismos de adultos.

«Los infieles ven esta disposición de ánimo en las Autoridades, y aún los mejor dispuestos entre ellos, se han envalentonado, y, siempre dispuestos á armar camorras, nos dan disgustos sin cuento. Sería nunca acabar el contar las zalagardas que hemos tenido en la provincia de Hung-Yen durante este año.

«Al P. Cristino Titilla le dieron una paliza los infieles y con ella se quedó, después de haber acudido á las Autoridades; pero éstas han embrollado el negocio de tal manera, que la justicia no hay que buscarla. Item; á su familiar Binh, estudiante de teología moral, sin casi más razón que porque le dió la gana al Presidente, fué una columna á prenderle, y se arreglaron de manera que pareciese culpable, por lo que le formaron proceso y le castigaron á año y medio de cárcel, y á los tres ó cuatro meses se ha podido sacar como una gracia del Presidente superior que se le perdona y se soltase de la prisión.

«Otra; hace dos meses que los infieles nos quemaron una casita que teníamos en el pueblo Hung-Nhon para enseñar la doctrina cristiana á los adultos que se preparan para bautizarse, y sin ella nos hemos quedado. Después han quemado otra casa más, y el catequista que enseñaba la doctrina se pudo escapar entre el fuego, como suele decirse; aun estamos esperando que nos hagan justicia, y lo más que se puede esperar es que la hagan á medias.

«Por aquí ve V. R. el estado de las cosas y las pruebas por que está pasando la provincia de Hung-Yen de este vicariato central. Ya ve que de esta manera no es para poder vivir mucho con tanto disgusto; así es que acuérdesese de rogar por nosotros y por el Tunkin.»

Jamaica (Antillas).—El Rdo. D. Guillermo Schaeffers, Pbro., escribe desde Jamaica con fecha 23 de Enero último:

«Llegamos á Jamaica el domingo (22) por la tarde. Los ingleses á bordo celebraron el Oficio con mucho orden y respeto, lo cual me causó grande impresión. Feliz el pueblo donde oficialmente se reconoce á Dios y le dan el culto debido aun en las mismas aguas del Atlántico. Si los ingleses en su mayoría fueran católicos, habrían, sin duda, consagrado ya su nación al Sagrado Corazón, y esto sin respetos humanos, que éste es el vicio propio de los católicos flojos.

«Apenas llegados á Jamaica, se presentan jóvenes católicos á bordo para conducirnos á la casa de los Padres Jesuitas, tan queridos aquí, que los mismos protestantes tuvieron á bien erigir una estatua al difunto P. Dupont, quien vivió cuarenta años en esta isla, y murió en ella cinco años hace. Esta estatua (de cuerpo entero) es de finísimo mármol, pero no costeada por la nación, sino por los católicos, los protestantes y hasta por los indios. Hay mucha educación y nobleza en Jamaica.

«Visitamos al ilustrísimo señor Obispo de la isla, quien desgraciadamente no ha podido estar hoy con nosotros por cuanto tiene que asistir al Consejo superior de enseñanza de las escuelas (*General board of Education*) de toda la isla. Aquí, no obstante ser un país protestante, se sabe respetar á la Autoridad eclesiástica católica.

«Jamaica es el país de sano y seguro progreso. Doquiera reina orden y civilización. Mucho se hace por la instrucción de la juventud, y cualquier escuela particular recibe subvención del Gobierno. El país de los *chumecas* es un paraíso para la clase negra. Entre ellos hay buenos abogados y médicos.

«Visitamos la cárcel ó penitenciaría. En ella á las seis de la tarde principia la escuela para los reos, pues el Gobierno busca hasta en estos desgraciados el adelanto espiritual. Visitamos asimismo los cuarteles, y pudimos observar orden exquisito y disciplina. Los soldados católicos oyen Misa en iglesia aparte. «Inglaterra es demasiado noble y grande, me decía el capitán, quien «en coche me acompañaba, para permitir que los soldados católicos estén descontentos.»

«También hemos visto el Hospital y el Hospicio ó *Asylum*. Se nota la buena voluntad de los gobernantes para aliviar los sufrimientos de los que adolecen de enfermedades, pero algo falta ahí (la Hermana de la Caridad), y todo andaría mejor.»

Méjico.—Leemos en un periódico de aquella capital:

«En el caso de que sea exacta la noticia de que el Rdo. P. Terrien, por gratitud á las limosnas que en Méjico ha recogido para las Misiones de Africa y Asia, trate de traer misioneros para evangelizar á nuestras numerosas tribus salvajes, nos congratularemos extraordinariamente, pues será un bien al que le quedarán agradecidos todos los corazones mejicanos que desean no tener compatriotas salvajes, sino cristianos.

«El clero mejicano, escaso en número, apenas basta para satisfacer las necesidades espirituales de los centros civilizados de nuestro territorio; y por lo tanto, imposible es que pueda atender las ciudades y los pueblos cuya administración espiritual le está confiada, para lanzarse en busca de nuestras tribus no cristianas, para difundir entre ellas el Evangelio y derramarles las santas aguas del bautismo. Así es que durante mucho tiempo aquellos infelices compatriotas nuestros han vivido sumidos en la más triste barbarie, ocasionando males sin cuento á sus vecinos civilizados; siendo así que podrían ser convertidos en otros tantos miembros útiles á la sociedad, y cuyos brazos estuviesen ocupados no con la flecha, sino con el arado.

«En la vieja Europa, que es eminentemente cristiana, se han establecido desde época remota múltiples instituciones profundamente penetradas del espíritu cristiano y que tienen por fin el bien de la humanidad; entre ellas sobresalen las de los Padres misioneros. Estas últimas, como su nombre lo indica, se proponen, poniéndolo por obra, la difusión de la Buena Nueva, el mejor presente hecho por Dios á los hombres.»

Estados Unidos.—La prensa católica de Nueva York publica el programa aprobado para el próximo Congreso Católico de Chicago, por todo el Episcopado de los Estados Unidos. Entre otras materias, se tratarán en él las siguientes:

Descubrimiento del Nuevo Mundo; Colón, su carácter y su misión; Resultados y consecuencias para la Religión y civilización; Trabajos de las Misiones católicas en el Nuevo Mundo; Influencia de la Iglesia católica en las instituciones políticas, civiles y sociales de los Estados Unidos; condiciones y porvenir de los indios en los Estados Unidos; Cuestiones suplementarias; Educación católica en los Estados Unidos; Independencia de la Santa Sede.

El Congreso se reunirá en Chicago el lunes 5 de Septiembre, á las once de la mañana, en que habrá pública recepción en honor de los miembros del Congreso. El martes por la tarde sesión pública en el *Auditorium*, durante la cual se pronunciarán discursos por distinguidos oradores, en inglés, francés, alemán, italiano, español, etc. Dicha sesión será presidida por el cardenal Gibbons. El miércoles por la tarde del 7 de Septiembre habrá sesión pública. El jueves 8 habrá gran banquete, que darán en honor de los miembros del Congreso los ciudadanos de Chicago. El viernes gran procesión de las antorchas, por las Sociedades católicas de Chicago, en honor de los congresistas.

The Catholic News, de Nueva York, declara que en dicho Congreso tomarán parte grandes eminencias en todos los ramos del saber, así legas como eclesiásticas.

Estadística de la Orden Seráfica.—Este Seráfico Instituto ha dado á la Iglesia innumerables Santos, Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes, muchos Pontífices, Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, un sinnúmero de escritores, funcionarios públicos, como Inquisidores, Vicarios y Prefectos Apostólicos, y cuenta en el día: 1 Cardenal, 2 Patriarcas, 10 Arzobispos, 40 Obispos, 19 Prefectos y Vicarios apostólicos, 90 Provincias, 20 Custodias, 40 Colegios de Misiones, 4,052 misioneros y 14,798 Religiosos. De estos últimos, que viven bajo la obediencia del Ministro general de la Observancia, pertenecen á la Observancia, 6,516; á los Reformados, 5,803; á los Recoletos, 1,621, y á los Descalzos ó Alcantarinos, 858.

—Los Padres Capuchinos cuentan 500 misioneros, y administran 22 prefecturas y vicariatos.

Noticias varias.—La Priora protestante de Llantonny Abbey, directora de un Instituto de Religiosas protestantes, que el Dr. Ignatius fundó queriendo imitar al Catolicismo, ha abjurado solemnemente la herejía, con toda la Comunidad, en la abadía católica de Santa María, Stambrot Worcester. ¡Cuánto puede la verdad!

—Noticias de San Petersburgo dan como cosa cierta la conversión al Catolicismo de la gran duquesa María Poulawana, hermana política del Czar. En Rusia progresa admirablemente el Catolicismo, pues son muchas y de personas importantes las conversiones hechas de poco tiempo á esta parte.

—Desde Julio de 1891 hasta el mismo mes de 1892 obtuvieron nuestros misioneros de Transilvania los frutos siguientes: conversiones del Calvinismo, Luteranismo, Judaísmo, Arrianismo y del cisma, 58; bautismos, 513; confesiones, 27,405. Tienen á su cargo la administración de 19,686 almas, de las que 323 son terciarios de San Francisco; acuden á sus escuelas 2,550 alumnos.

—Cinco árabes de un oasis del Mediodía, bien acomodados é instruidos, se presentaron antes de morir al cardenal Lavigierie pidiéndole con grandes instancias el bautismo. A éstos siguieron, según dicen, cincuenta ó sesenta compatriotas que, con sus familias, deseaban imitar tan buen ejemplo.

—Se ha convertido al Catolicismo el patriarca nestoriano monseñor Chisnonn. Recibió su abjuración el arzobispo de Urnia, del rito caldeo, Mons. Tomás Ando, y desde esa época el arzobispo y abad mitrado de los Religiosos de San Hormisdas recorren las montañas del Kurdistan para absolver de la herejía y confirmar en la fe á los pueblos nestorianos.

—Las Archicofradías del Santísimo Sacramento en Lila (Francia) han tomado un acuerdo que será seguramente imitado en otras poblaciones. Reunidos sus miembros en el Círculo de estudiantes católicos, resolvieron enviar al Congreso Eucarístico de Jerusalén varios delegados con sus ofrendas, y formar una Asociación de oraciones para atraer las bendiciones de Dios sobre el Congreso y las resoluciones que en él se adopten para conseguir la unión definitiva de las Iglesias de Oriente y Occidente.

VARIEDADES

FUNERALES EN LA ANTIGÜEDAD

HE aquí algunas noticias curiosas sobre los funerales de varios pueblos de la antigüedad.

Los trogloditas liaban sus cadáveres fuertemente, uniendo las cabezas con las piernas, y en esta ridícula posición eran conducidos á una altura y arrojados al llano, lanzando gritos y cantidad de piedras que en breve dejaban cubierto su cuerpo: practicada esta ceremonia fijaban un cuerno de cabra en el lugar que ocupaba el cadáver y se retiraban.

Los etiopes disecaban sus cadáveres, los bañaban con una especie particular de yeso, sobre el cual ponían los mismos colores que había usado durante su vida; después los colocaban en unos fanales de vidrio al través de los cuales se veían aquellos cuerpos inanimados.

Eran acatados con mucha ceremonia y conservados durante un año en la casa del pariente más cercano.

Los habitantes del Cáucaso, que consideraban la vida como una serie de calamidades, celebraban con grandes fiestas la muerte de sus amigos, y se entregaban al mayor dolor cuando un nuevo individuo aumentaba sus familias.

Entre los dervises, la edad de setenta años se miraba como término indispensable de la vida, y privaban

de este humano presente á los que pasaban de esta edad. Los parientes se alimentaban con la sangre y la carne de aquella víctima sacrificada á la barbarie.

Los caspios eran aún más crueles. Dejaban morir de hambre á los mayores de setenta años, arrojando al desierto sus cadáveres, y apreciando su bienaventuranza por la clase de fieras que devoraban sus cuerpos.

Mas ningún pueblo observó en sus funerales prácticas más supersticiosas que los escitas en la muerte de sus reyes.

Sacrificaban las personas que, más inmediatos á sus tiranos, les habían prestado más señalados servicios.

Los escitas bañaban con cera el cuerpo del rey difunto y llenando su vientre de aromas, lo colocaban en un magnífico carro. Lo llevaban para que recorriera todos sus dominios. En cada provincia se recibía al cadáver con las mayores ceremonias, y los habitantes se cortaban el cabello y las extremidades de las orejas; se desgarraban la frente y la nariz, y se herían en la mano izquierda con una flecha.

Recorridos todos los Estados le dejaban en el país Cerohes, destinado para las sepulturas. Los habitantes de este país ponían el cuerpo del rey sobre un lecho de lanzas; ahogaban una de sus mujeres y la ponían al lado del cadáver: el mayordomo, el escudero, el mensajero y el jefe de cocina eran igualmente ahogados, muertos sus caballos y destruidos sus vasos de oro y plata, concluyendo la ceremonia con elevar un pilar de tierra á la mayor altura.

Al año siguiente se renuevan los funerales. Se matan cincuenta caballos; rellenan sus vientres con paja y los ponen sobre una especie de perchas. Los ponen con la cabeza derecha y los adornan como si fueran á salir al combate. Por jinetes les ponen los cadáveres de otros cincuenta criados del rey, á los que atraviesan el cuerpo con un palo para que se mantengan derechos.

Después que colocan esta guardia de caballería al rededor del sepulcro del rey, lo abandonan para siempre.

LA CAZA DEL GORILA

Mr. Hans Frazzer es un intrépido explorador africano y cazador incansable, pues sucesivamente se ha dedicado con feliz éxito á la caza del tigre, del león, de la pantera y del cocodrilo.

Por mucho tiempo se le creyó muerto en una de sus atrevidas correrías por las desiertas regiones del Africa; pero ahora ha reaparecido sano y salvo en una de las factorías del Congo.

He aquí una de las más curiosas aventuras del intrépido explorador.

Mr. Frazzer recorría una mañana una de las inmensas selvas de las orillas del Níger, en compañía de tres indígenas, cuando una sucesión de gritos estridentes llamó la atención de la comitiva.

Momentos después uno de los indígenas indicaba al viajero la presencia de un gigantesco mono, á un centenar de pasos.

«Me he encontrado con frecuencia, escribe Mr. Frazzer, ante fieras terribles; pero ninguna me ha causado la impresión que sentí al ver el enorme gorila, cuya ferocidad espantosa me hizo estremecer.

«Al verle avanzar erguido sobre sus anchos pies, golpeando su pecho con sus largos brazos, abiertas las fauces que al mostrar dos filas de formidables dientes dejaban escapar un prolongado rugido, en que parecía mezclarse los alaridos de una fiera con los gritos de un hombre, un temblor sacudió mi cuerpo. Pero, avergonzado al punto de una sensación indigna de un cazador que ha combatido con los huéspedes más temibles del desierto, logré dominarme, y cuando el animal se detuvo á treinta pasos, había recobrado toda mi sangre fría y con mi carabina apuntaba al pecho del mono.

«—Apuntad al corazón, y procurad tener la mano firme.

«Apenas el congolés pronunció estas palabras, cuando el gorila se precipitó sobre nosotros. Un balazo disparado á quince pasos le hizo rodar por el suelo, inmóvil.

«Uno de los indígenas corrió hacia el animal y le hundió su lanza en el costado. El mono, al sentir el lanzazo, se levantó de un brinco, arrancó el arma de manos de su agresor, y, rugiendo, la rompió como si fuera una pajuela; y antes que el congolés pudiera ponerse en salvo, le destrozó el vientre de un zarpazo. Mientras el infeliz caía, otro congolés clavaba á su vez su lanza en el pecho del gorila, á quien en el mismo instante enviaba yo otra bala á quemarropa.

Entonces se desplomó para no levantarse más. Pero no habíamos tenido tiempo para reponernos de nuestra emoción, cuando un rugido formidable se dejó oír, y antes de que volviéramos de nuestro asombro vimos llegar con una velocidad prodigiosa otro gorila colosal.

«—¡La hembra! murmuró el viejo congolés que me servía de guía.

«Era, en efecto, la hembra del difunto, que acudía á vengar el trágico fin de su cónyuge.»

Mr. Frazzer apenas tuvo tiempo de poner un cartucho en su rifle y disparar sobre el animal, cuando éste se precipitaba sobre él. El proyectil atravesó de parte á parte á la irritada mona; pero ésta no pareció sentir la herida.

Después de detenerse un instante ante el fogonazo, se lanzó sobre el cazador y le arrebató la carabina de las manos, destrozándola contra un árbol.

Esto dió lugar á Mr. Frazzer para desnudar su cuchillo y esperar la embestida.

El combate fué terrible, Mr. Frazzer pudo hundir su acero en el estómago del animal, pero éste tuvo tiempo para causar profundas heridas en el pecho y en los brazos del cazador, al cual sus compañeros transportaron moribundo al campamento. Durante mucho tiempo permaneció entre vida y muerte, y cuando pudo emprender su regreso á la factoría, su presencia causó tanta sorpresa como satisfacción.

FRESCURA CHINA

Foi-Koin, el hijo mayor y heredero del Emperador del Celeste Imperio, ha obtenido de su augusto padre una subvención de dos millones de fukins (pesos fuertes) para las obras que se hacen con asombrosa actividad en Kong-Kin-Ken.

Foi-Koin ha escogido para su residencia esta ciudad china, que cuenta más de diez mil almas y ocupa una ex-

tensión de doce millas; pero el príncipe imperial, á quien el calor fatiga, y que entre otras tiene la manía de que el sol no hiera jamás su fino cutis, ha querido realizar una empresa que hoy es objeto de los más vivos comentarios en toda la China.

El heredero del trono, que no gusta de acompañamientos, sin duda porque no anda siempre en buenos pasos, para poder circular á cualquier hora por las calles, sin temor al sol ni al calor, ha dispuesto la construcción de un quitasol que ampare la ciudad.

En vano se han opuesto á esta idea los grandes dignatarios, tratando de demostrar la imposibilidad de realizarla. El príncipe, tomando un lápiz, ha trazado las siguientes cifras, que no dejan lugar á dudas:

Kong-Kin-Ken ocupa un perímetro de diez millas cuadradas.

Se fabrican ochocientas mil piezas de seda de á cien metros cada una, y ya tenemos la tela del quitasol.

Cuatro mil rollos de alambre, de diez metros cada uno, bastan para las varillas del quitasol, y en vez de palo central, levantaremos una torre cuya elevación sea de sesenta metros.

Los ingenieros han bajado la cabeza ante este razonamiento, y las obras no sólo se han comenzado, sino que van ya muy adelantadas.

Pero como esto no resuelve el problema, Foi-Koin ha dispuesto que, al mismo tiempo que el quitasol, se construya un fuelle proporcionado á la extensión de la ciudad.

Este fuelle se establece en la parte Norte de la villa, y será movido por seis máquinas de quinientos caballos y arrojarán por minuto, cuatro millones de metros cúbicos de aire.

El presupuesto general de gastos de estas obras asciende á cuatro millones trescientos mil fukins.

NECROLOGÍA

ILMO. SR. D. ESTANISLAO ENRIQUE VERJUS

coadjutor del Ilmo. Nacarre

«Tan inesperada como dolorosa, dicen los *Anales de Nuestra Señora del Sagrado Corazón*, ha sido para nosotros la muerte del valeroso apóstol de Nueva-Guinea, que acababa de visitar el Sepulcro de los Santos Apóstoles, en Roma, y de recibir de Su Santidad los más preciosos estímulos para continuar sus tareas apostólicas entre sus amados salvajes. Nos parecía que iba á llegar para nosotros el feliz momento de poseerle por algún tiempo en nuestra Comunidad de Barcelona para él tan amada y de tan gratos recuerdos.

«Hacia muy pocos días que habíamos recibido desde Roma, de su parte, la orden de remitir á Thursday Island, para los fieles de su vicariato apostólico, que hablan español por proceder de las islas Filipinas, cierto número de *Catecismos*, del venerable P. Claret; *Ancoras de Salvación*, y algunos libros de las dominicales.

«Esto prueba que el Ilmo. Verjus no se había olvidado de España ni de Barcelona, y que á serle posible no hubiera dejado de visitarla. ¡Y cómo había de olvidarla, si Barcelona fué, por decirlo así, el primer punto donde comenzó ya á ejercer su celo de apóstol y á dar pruebas inequívocas de lo que había de ser dentro de poco!

«Desde muy niño entró en la Pequeña Obra de Issoudun, y no salió de ella hasta que, terminados los estudios de humanidades, fué al noviciado de la Congregación, y una vez hechos sus votos le destinaron á Barcelona, siendo uno de los primeros fundadores

de nuestra residencia en la capital del Principado. El Ilmo. Verjus era ya entonces un hombre extraordinario, y después de cumplir con sus deberes de estudiante de filosofía del Seminario Conciliar se dedicaba con el mayor celo y prudencia á la vigilancia y educación de los primeros niños de la Pequeña Obra de Barcelona; y á dar esplendor y realce al culto de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en nuestra capilla, dirigiendo los cantos y tocando el órgano, organizando solemnidades y adornando el lugar santo. ¡Y qué diré de su generosa actividad para buscar lo necesario y ordenar todas las cosas en una Comunidad que comienza, en donde todo falta y nada se encuentra? Necesítanse en estos casos hombres de gran sacrificio que sepan olvidarse de sí mismos para procurar el bien común y ayudar á los que enconándose en necesidad no puedan bastarse á sí mismos. Tal era el H. Verjus; estaba siempre pronto y dispuesto para hacer todo lo que fuese necesario, sin que le arredrasen las dificultades.

«Muy poco tiempo hacía que estaba en Barcelona, y ya consagraba el tiempo de que podía disponer á enseñar la doctrina cristiana á los niños que no tenían quien se la enseñase, y á prepararlos con el mayor esmero al importante acto de la primera Comunión; gustaba también acompañar á los Padres en sus visitas á los presos de las cárceles, á los enfermos en los hospitales y á los necesitados en sus pobres viviendas, procurándoles el mayor consuelo que le era posible.

«Pero el H. Verjus tenía especial complacencia en procurar el bien espiritual y temporal de aquellas familias de emigrantes, que venían á Barcelona para trasladarse á Nueva-Bretaña y formar en aquellos países salvajes una colonia católica. No parecía sino que preveía ya que habían de ser algún día sus propias ovejas, en tan apartadas regiones.

«¿Quién podría decir los pasos que con este motivo tuvo que dar por Barcelona, y las veces que se embarcó en el puerto para el bien de los emigrantes? Para formarse de ello una verdadera idea, sería preciso verlo: parecía que el mar era para él su propio elemento; así es que no nos admiramos ni sorprendimos, cuando algunos años después nos referían sus misioneros, las grandes peripecias porque había pasado y las aventuras que había tenido en los mares aún inexplorados y en las regiones de Nueva-Guinea. Los ocho años que permaneció en las Misiones, no fueron para él más que una cadena continuada de sufrimientos y privaciones de toda clase.

«Tal ha sido en resumen la vida del Ilmo. Verjus en las Misiones de Nueva-Guinea, á que le destinaron después de haber terminado los estudios en la capital del orbe católico. A su intrepidez, celo é iniciativa y á sus padecimientos se debe en gran parte el establecimiento, subsistencia y desarrollo de las mismas. Su vida ha sido corta, sí, pero llena de virtudes y buenas obras, y estaba por lo tanto sazonado para el cielo.

«Por eso cuando, después de haber ido á Roma en el mes de Noviembre último, para visitar el Sepulcro de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y dar cuenta á Su Santidad del estado de las Misiones de Nueva-Guinea, por las que León XIII tanto se interesa, el Ilmo. Verjus se disponía á partir para su amada Misión en compañía de otros Padres de nuestra Congregación, falleció en su pueblo natal, Oleggio, á los treinta y dos años de edad, y á los cuatro de su consagración episcopal, el día de su patrón San Estanislao de Kostka, 13 de Noviembre de 1892. Murió como un santo, víctima de su heroico celo y de los inauditos padecimientos sufridos con la mayor resignación cristiana, durante sus tareas apostólicas, llorado de todos los que han tenido la dicha de conocerle y tratarle, especialmente de sus superiores, de sus hermanos en Religión y de los niños de la Pequeña Obra, que mucho le apreciaban y habían puesto en él las más lisonjeras esperanzas, y lo será muy mucho y sobremanera de sus amados salvajes, el día en que reciban tan triste noticia.

«Descanse en paz el valeroso Apóstol, y sea para nosotros un poderoso estímulo que nos aliente á seguirle en el camino de la virtud, del sacrificio y del apostolado, que nos ha dejado tan bien trazado.»

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.